

UNIVERSIDAD CENTRAL DE CHILE.
FACULTAD DE ARQUITECTURA, URBANISMO Y PAISAJE.
CENTRO DE ESTUDIOS ARQUITECTÓNICOS URBANÍSTICOS Y DEL PAISAJE



Raposo, Alfonso / Valencia, Marco.

Posmodernidad.

**Hacia un nuevo marco crítico para
la comprensión de la Arquitectura.**

Revista Electrónica DU&P. Diseño Urbano y Paisaje Volumen II N°5.

Centro de Estudios Arquitectónicos, Urbanísticos y del Paisaje

Universidad Central de Chile.

Santiago, Chile. 2005

Posmodernidad. Hacia un nuevo marco crítico para la comprensión de la Arquitectura.*

ALFONSO RAPOSO / MARCO A. VALENCIA.

RESUMEN

El artículo reseña una serie de lineamientos teóricos y metodológicos que permiten construir una suerte de instrumental contemporáneo para la crítica de la obra arquitectónica. Relata la deriva del pensamiento occidental desde el llamado giro lingüístico hasta las aventuras posestructuralistas. Se detallan el tránsito de la semiología a la semiótica; la emergencia de la deconstrucción, el pensamiento hermenéutico y los estudios culturales. Todo ello teniendo como telón de fondo la los problemas de la interpretación en arquitectura.

ABSTRACT

The article presents a theoretical and methodologic guideline group wich allows the development of some kind of contemporary instrumental for the architectonic work criticism. It describes the occidental thought direction since the so-called linguistic turn until poststructuralists adventures. There are given the details of the transition from semiology to semiotics; the deconstruction emergency, the hermeneutical thought and the cultural investigations. All included within the architecture interpretation problems as a theoretical framework.

TEMARIO

1. Introducción. Arquitectura: sobre los discursos en torno a la crisis.
2. De la deriva estructuralista a la pregunta por el sentido. Semiología y semiótica
3. Pos estructuralismo: El discurso en Foucault.
4. Deconstrucción: El texto en Derrida.
5. Hermenéutica e interpretación.
6. La narrativa histórica.
7. Simbolización. Dialéctica espacio – sociedad.
8. Desde Chile, la síntesis de Grinor Rojo.
9. Un nuevo campo que se abre: Los estudios culturales.

* El presente documento forma parte del proyecto FONDECYT N°1020207 “La interpretación de la obra arquitectónica. Historia de las realizaciones habitacionales de la Corporación de Mejoramiento Urbano CORMU, en Santiago. 1966-1976.” Investigador responsable: Alfonso Raposo M. Coinvestigadores: Gabriela Raposo Q. / Marco A. Valencia

1. INTRODUCCIÓN.

Arquitectura: sobre los discursos en torno a la crisis.

El presente ensayo constituye un primer esfuerzo teórico – metodológico por analizar desde el enfoque “posmoderno” (presente tanto en las disciplinas sociales como en la teoría arquitectónica) el valor histórico cultural de la arquitectura habitacional y urbana de la Corporación de Mejoramiento Urbano (CORMU) en Santiago en los años de su funcionamiento: 1966 – 1976.

Estas líneas representan una aproximación teórica de carácter exploratorio. Se pretende generar un instrumental de análisis que permita con posterioridad abordar aquellos asuntos relacionados con la Historia de la Arquitectura residencial desarrollada desde el Estado Chileno, en el llamado período de las “planificaciones globales” y al calor de las políticas de integración social y modernización de los gobiernos Demócrata Cristiano y Socialista encabezados por Eduardo Frei y Salvador Allende.

En el marco de la investigación en desarrollo, tematizada en el plano de la historia de la arquitectura chilena, en particular aquella arquitectura habitacional realizada desde el Estado para los sectores medios y populares en los gobiernos de Allende y Frei; se intenta dar un escenario de referencias posibles para enfrentar adecuadamente el análisis e interpretación de las obras arquitectónico - urbanísticas que aquel período legó. De este modo, se pretende transitar desde el plano de la historia de la arquitectura hacia el plano de la teoría. Por tanto, el objetivo central de la primera parte de esta investigación consiste en desarrollar un programa de crítica, tomando como referentes importantes el conjunto de producción teórica y metodológica que se ha dado en llamar “posmoderna”¹.

Esta tendencia del pensamiento contemporáneo es vista ya por muchos teóricos como un retorno al pensamiento subjetivista y como un distanciamiento de la fe ciega en el objetivismo y de la pretensión generalizadora y totalizante de la ciencia y la filosofía modernas. Nuestro objetivo no es adentrarnos en la profundidad de pensamientos a veces tan disímiles o dispersos, sino recoger de ellos aquellos elementos claves que sirvan de utilidad para nuestro esfuerzo por comprender en plenitud la obra arquitectónica habitacional de CORMU y su devenir en el complejo universo sociocultural que le vio nacer.

El presente texto constituye un esfuerzo de síntesis de aquellos aportes teóricos emanados desde la nueva teoría social posmoderna, heredera del llamado “giro lingüístico”² de las Ciencias Sociales, las artes y las humanidades.

Un primer asunto es identificar aquellos elementos sobresalientes en materia del análisis del discurso y el texto, como formas válidas para enfrentar el asunto de la producción arquitectónica habitacional desarrollada por el Estado en Chile. Se pretende reconocer una batería operacional de conceptos y elementos provenientes de diversas parcelas disciplinarias y metodológicas (posestructuralista, narrativa histórica, posmoderna, deconstructiva, etc.) que facilitan una lectura de los signos, símbolos y mensajes contenidos explícita o implícitamente en

¹ Un interesante esfuerzo por unir las figuras dispersas de pensadores como Jean F. Lyotard, Jean Baudrillard, Jacques Derrida y Hayden Whyte, en una corriente de pensamiento heterogénea pero reconocible, en tanto cuestionadores de la validez actual de la ética y la historia en su sentido moderno, se encuentra en Keith Jenkins *¿Why the History? . Ethics and postmodernity*, Londres, 1999.

² Sobre el giro lingüístico y su influencia en la arquitectura hemos hablado en otra parte: Marco A. Valencia “Lo posmoderno como instrumental para leer la arquitectura”, 2002 (mimeo).

la obra arquitectónica de CORMU y de allí desprender los elementos de valor, que le harían patrimonial, es decir, portadora de historicidad, constructora de nuestra memoria colectiva.

El intento por aproximar los estudios sobre historia y teoría de la arquitectura a este enfoque se encuentran en los planteamientos pioneros de la llamada “Escuela de Venecia”³ y en la propuesta de Robert Venturi⁴. Este esfuerzo teórico se relaciona con la toma de conciencia de algunos arquitectos, del papel hegemónico universalista del Movimiento Moderno y su nula preocupación por los efectos en el legado histórico y la especificidad cultural del espacio construido. Ambos intentos reconocen la importancia de los símbolos y signos portadores de toda arquitectura, como elementos comunicantes de otro discurso (en el caso de Rossi, la cultura y la historia de la ciudad como tipologías; en Aymonino la política y la economía -el poder-; en Venturi y los símbolos culturales como imágenes, etc.). Otros discursos que no anulan el lenguaje arquitectónico sino que convierten a la obra en un palimpsesto, en un tejido que porta diversos textos de la cultura de su tiempo.⁵

Dicho de otro modo estos replanteamientos, no hacen más que dudar de las certezas del metarrelato moderno⁶, encarnado en el discurso del racionalismo arquitectónico y que coincide con la crisis general del pensamiento científico objetivista tanto en las ciencias naturales como en las ciencias sociales. De este modo el “giro lingüístico” en su etapa estructural y posestructural coincide con el devenir de la disciplina arquitectónica. El retorno al lenguaje, y, por tanto, al asunto de los significados y los contextos culturales es una bandera de los

³ En especial los trabajos de Aldo Rossi. La Arquitectura de la ciudad, Ed. Gustavo Gili, Barcelona 1971; Manfredo Tafuri, Teoría e Historia de la Arquitectura, Celeste Ediciones, Madrid, 1997 y Carlo Aymonino, El significado de las ciudades, H. Blume Ed., Madrid, 1981.

⁴ En especial los planteamientos desarrollados en Complejidad y contradicción en la Arquitectura, Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1995 y en Aprendiendo de Las Vegas. El simbolismo olvidado de la Arquitectura Ed. G. Gili, Barcelona, 1985. Venturi se considera uno de los padres de la llamada arquitectura posmoderna. Este arquitecto justifica su actitud de duda frente a los planteamientos del movimiento moderno, buscando en el pasado (esencialmente manierista y barroco) y en el mundo del arte pop de los años sesenta referencias con que sostener su tesis para un arquitectura compleja, contradictoria, ambigua y equívoca. Muy buenas intenciones que, como el propio Venturi denunciara más tarde, fueron manipuladas y malinterpretadas, por el posmodernismo de cara “light.” Una arquitectura que cayó en la primacía de la imagen sobre el contenido, persiguiendo el mito de la arquitectura como espectáculo. Así las propuestas del “Star System” arquitectónico devinieron en modas, y luego, pasaron rápidamente a ser restos patéticos de una idea. Pastiches, que se mezclaban sin sentido ni significancias: conjunción de estilos sin generar ninguna poética. Los efectos de este fenómeno son denunciados por Manuel Martín Hernández, “el tiempo ha demostrado que la alianza de la arquitectura posmoderna con posturas conservadoras, cuya lógica consumista reproduce, es muy clara, siendo sus resultados totalmente acrílicos y conformistas con la realidad urbana y social.”. Martín Hernández convoca a mirar a la llamada “nueva crítica” (en rigor posmoderna), que ha salido de esta situación para entender la auténtica posmodernidad en la arquitectura. “Esta crítica coincidente con el posestructuralismo filosófico y literario que se desarrolla fundamentalmente en Francia y Estados Unidos, reivindica la innovación, la autorreflexibilidad del texto, la realidad y la historia como paradigmas. Partiendo de la idea de que el sujeto se constituye en el lenguaje y que, por tanto, todo es texto (incluso la filosofía), la primacía de dicha crítica se la ha llevado precisamente la lingüística y la estética”. En Manuel Martín Hernández. La invención de la arquitectura. Celeste ediciones, Madrid, 1997.

⁵ En el caso de la teoría arquitectónica chilena los influjos del “giro lingüístico” fueron nulos, a excepción de los esfuerzos de Luis Vaisman en la década del '70. Al respecto ver L. Vaisman, “La semiología arquitectónica” s/r y del mismo autor “Hacia una teoría de la Arquitectura” F. A. U., U. De Chile, 1973.

⁶ La crisis de los metarrelatos modernos, encarnada en el cuestionamiento de la razón práctica kantiana y de la razón inmanente hegeliana es descrita por Lyotard, en La condición posmoderna, Cátedra, Madrid, 1984; cuya primera publicación es de 1975. En ella Lyotard reconoce la emergencia de múltiples microrelatos, que permiten reconocer “el retorno a Babel” y el estallido fragtal de las grandes certezas modernas.

primeros opositores a la hegemonía racionalista. Tanto Taffuri como Montaner reconocen la influencia de la semiología y la semiótica en Venturi y Rossi. “*Es indicativo el interés que la crítica de la arquitectura ha manifestado en los últimos tiempos por las investigaciones que han introducido en las ciencias humanas y en el análisis de las comunicaciones lingüística y visuales (...) Estructuralismo y semiología están hoy a la orden del día incluso en los estudios de la arquitectura*”⁷. Que decir luego, de Eisenman, Tschumi o Solá Morales, donde la influencia del pensamiento pos estructural es más que obvia.

A partir del reconocimiento de la crisis general del pensamiento moderno, es posible reconocer en el campo de la producción teórica europea la aparición de un nuevo paradigma disciplinario, que apuesta abiertamente por deconstruir las bases del pensamiento sobre la arquitectura. Esta posición cuestiona la visión de la historia y la crítica arquitectónica, poniendo entre paréntesis el enfoque hegemónico que los impulsores del movimiento moderno y sus historiógrafos (en especial Giedion) impusieron sobre la producción teórica.

Hoy día nos enfrentamos a una visión de la teoría de la arquitectura pensada desde una reflexión plural y múltiple sobre la cultura. Ella desarrolla una concepción de la historiografía del arte y la arquitectura no funcional a los requerimientos de legitimación del Movimiento Moderno. Es, además, una teoría de la arquitectura pensada desde los márgenes de su propio pensamiento (lo que permite el contacto con la teoría social, las humanidades y el arte), un reconocimiento del lenguaje y la comunicación como elemento central de la cultura, donde toda realidad es posible de leer como texto, una producción arquitectónica que acepte en su seno los influjos del pensamiento transdisciplinario y los esfuerzos por comprender la producción cultural del espacio desde los límites de nuestra propia modernidad. Eisenman⁸, Quetglas⁹, Leach¹⁰,

⁷ M. Tafuri, op.cit. p.16.

⁸ En especial los trabajos en conjunto con el filósofo francés Derrida. En estos trabajos Eisenman apuesta por el lenguaje puramente arquitectónico intentando liberarlo de la hegemonía del discurso filosófico de la modernidad y de la hegemonía del movimiento moderno. En este sentido deconstruye el lenguaje arquitectónico, transformándolo en ejercicios lingüísticos sintácticos y gramaticales como la House X. En su artículo, “El fin de lo clásico” insiste en la posición no “humanista” (no antropocéntrica en el sentido de Foucault) desarrollada por los pos-estructuralistas, donde el hombre deja de ser el centro del mundo y lo funcional pierde su sentido clásico. Apuesta por una tendencia a la abstracción, la atonalidad y la atemporalidad. Eisenman plantea el fin de las tres ficciones convencionales: Representación, historia y la razón, originarias del Renacimiento, que han influenciado la manera clásica de pensar la arquitectura, incluido el movimiento moderno. Tras la caída de estas tres ficciones, no hay modelo alternativo. Sólo queda la búsqueda de un discurso independiente para la arquitectura, la expresión de una estructura de ausencias. Para Eisenman, por la descomposición se niega lo clásico y también lo moderno (porque lo clásico coincide con lo moderno en la confianza en un futuro que los analice) y, por tanto, la posibilidad de que haya algún tipo de significado. “También el proceso de creación es distinto: la de-composición supone que los orígenes, fines y el mismo proceso son esquivos y complejos, en vez de estables, simples o puros. El objeto coincide con el mismo proceso y éste se inicia con una aproximación al final, cuyo resultado es más el proceso mismo (por tanto, las diferencias, las distancias entre los diversos momentos) que la adopción de categorías que se conocen como compositivas (orden, tipo, transformaciones, superposiciones)”.

⁹ J. Quetglas desarrolla en Pasado a limpio II, ed. Pre – Texto, Barcelona, 2001, una aguda crítica al papel de las vanguardias en el siglo XX, y en especial al rol del Movimiento Moderno de la Arquitectura como mediadores entre el sistema capitalista y el hombre común.

¹⁰ Este arquitecto norteamericano utiliza la noción de sociedad hiperreal de Jean Baudrillard y sus anuncios sobre el fin del arte y la estética como elementos configuradores de la cultura moderna. Bajo la tesis Baudrillardiana de “hoy suplantamos el signo de lo real por lo real” Leach se cuestiona por la validez de cierta arquitectura denominada posmoderna, que aparece portadora de signos carentes de significados y sentidos reconocibles. Las argumentaciones de Neil Leach en La anestésica de la arquitectura, Ed. G. Gili, Barcelona, 2001.

Solá Morales¹¹, Mounañola¹², Montaner¹³ y otros han intentado abordar desde la óptica de la superación de la modernidad los asuntos que conciernen a la crítica y la teoría del arte y la arquitectura hoy.

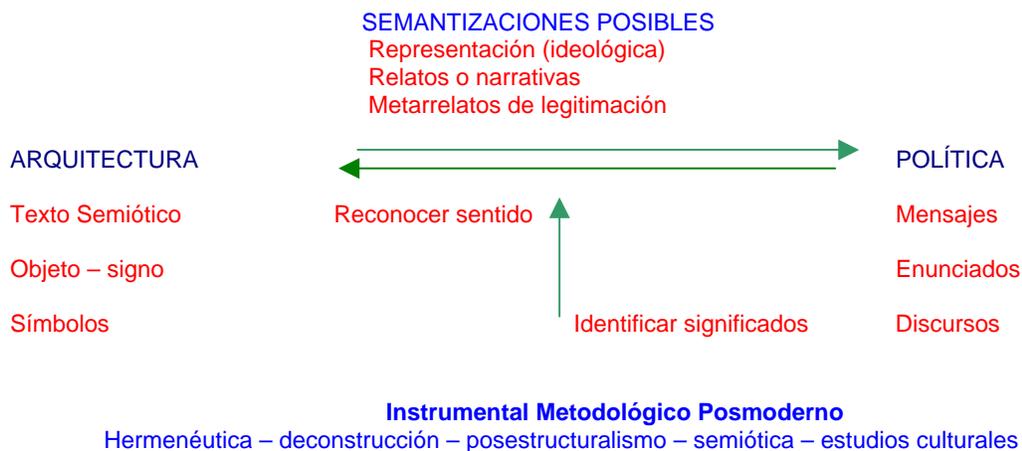
Un segundo asunto a considerar es que, en el marco de la investigación propuesta, se plantea una relación entre dos esferas de la cultura aparentemente diferenciadas entre sí: la

¹¹ Ignasi Solá Morales desarrolla en Diferencias. Topografía de la arquitectura contemporánea, Ed. Gustavo Gili, Barcelona 1998, una cartografía del estado actual de la crítica arquitectónica. El ejercicio lo realiza mediante una serie de textos que abordan de forma posestructural problemáticas de reconocido alcance para un entendido. La novedad está en la utilización de una metodología laberíntica, rizomática, (portadora de varios sistemas de verdad) para abordar los problemas planteados. Profundiza momentos coyunturales del quehacer arquitectónico interrogándose por sus protagonistas, el devenir del arte en ese tiempo y el estado de cosas del pensamiento filosófico y la arquitectura. Mediante múltiples juegos del lenguaje Solá Morales logra desentrañar nodos interdiscursivos entre las diversas esferas que aparentemente operan independientes una de otra. Así nos revela un Mies existencialista y ético, o un Le Corbusier receloso de lo maquínico. Por otro lado, rompe con la linealidad de la historiografía tradicional de la arquitectura (esfuerzo realizado inicialmente por Tafuri), reconociendo en su devenir histórico múltiples formas de diferencia y repetición, anulando la noción inmanente de Sujeto (encarnada en el movimiento Moderno) y la noción moderna de progreso. De más está decir la influencia de Gilles Deleuze (en especial: Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia II, Ed. Pre- Textos, Valencia, 1997 y Diferencia y Repetición, Anagrama, Barcelona, 1981 en la estrategia de acercamiento de Solá -Morales.

¹² Ver especialmente Topogénesis. Fundamentos de una nueva arquitectura, Ed. U. P. C, Barcelona, 2000 en especial los anexos "Hermenéutica, semiótica y arquitectura. Timeo visitado de nuevo", "El lugar dialógico: la arquitectura, la semiótica y las ciencias sociales y "La arquitectura de la narrativa, la narrativa de la arquitectura". En ellos Mounañola insiste en la cualidad del espacio como signo polisémico a través de la noción de lugar. El significado del lugar, a decir de él, el tiempo puesto sobre el espacio, abre la puerta a la estructura social de este signo polisémico y polisemiótico espacial. Los artículos mencionados se enmarcan en una "semiótica y epistemología de la arquitectura" que intenta analizar de qué forma la estructura social del signo espacial a través del tiempo se desarrolla en el lugar. Para ello, se retoma la visión del espacio desarrollada por Platón en el Timeo y la relectura de éste elaborada por Derrida en Khora. Donde el Khora "lugar para la política, política del lugar" se entiende como una interrelación entre cosmología e historia, lenguaje y entorno, o cómo lo define el propio Derrida: una correlación abierta entre: logos (lenguaje, tiempo), mitos, genos (polis, interacción social) y tropos (lugar, espacio), las cuatro caras del Khora.

¹³ Joseph María Montaner en su documentado ensayo Arquitectura y crítica, Ed G.Gili, Barcelona, 1999, realiza un interesante recorrido, desde una óptica actual, del devenir histórico de la crítica arquitectónica, demostrando en todo momento su intento por contextualizar toda producción dentro de corrientes, tradiciones, posiciones y metodologías. Para este autor, el trabajo de la crítica consiste en desvelar las raíces y antecedentes, las teorías, los métodos y posiciones que están implícitas en el objeto arquitectónico. Con esta contextualización afirma "se contrarresta la tendencia al individualismo y creacionismo en el que se escudan muchos artistas y arquitectos, rechazando interpretaciones y clasificaciones. Este objetivo se complementa con el establecimiento de interpretaciones multidisciplinares que rompan las barreras del profesionalismo y la especialización que limitan las prácticas artísticas" (p.19.). Ejemplo de esta intención son los capítulos "La aportación del estructuralismo "donde realiza una aguda lectura sobre las coincidencias epistemológicas entre Rossi y Venturi. Enmarcándolas en la influencia del estructuralismo cómo método y de la lingüística, la semiología, la sociología y la antropología estructural como disciplinas influyentes en el quehacer crítico de la vanguardia de los '70; y "Últimas interpretaciones en la era posestructuralista" en que demuestra la influencia de Foucault, Derrida, Deleuze y Lyotard en autores como Eisenman, Solá Morales, Tschumi y otros. En este sentido reconoce la superación del pensamiento estructuralista y semiológico por el pensamiento posestructuralista, que se caracteriza según Montaner por "el dominio de la multiplicidad cultural y en el que la duda posmoderna ha conducido a nuevas interpretaciones científicas basadas en la concepción de un universo en no equilibrio, que se expresa en geometrías fractales, bajo la teoría del caos. Los métodos del pensamiento aumentan sus dosis críticas y justifican las interpretaciones discontinuas, fragmentarias y provisionales, basadas en el énfasis en la transformación y la diferencia. Tanto la actividad científica como la filosófica se ven obligadas a renunciar a sus pretensiones de neutralidad y objetividad, a su voluntad de conocimiento universal y a su proyecto de ciencia unificada y una filosofía totalizadora"(p.90).

arquitectura y la política¹⁴. El objetivo de la investigación es reconocer la confluencia coyuntural o estructural, en superficie o en profundidad, de estos flujos, entendiendo la producción habitacional desde el dominio público como una compleja máquina social capaz de resolver las contradicciones existentes entre estos campos culturales. La arquitectura leída como elemento de modelación social, como articuladora del espacio doméstico - privado de la vivienda y el proyecto de producción estatal de una subjetividad popular (clase mediera u obrera) se encuentran en un punto de intersección capital. Este no es más que la confluencia histórica entre el proyecto del “Estado Social” moderno y los principios ético morales que inspiraron Movimiento Moderno de la Arquitectura. Ambos esfuerzos se yerguen, en última instancia, como formas o dispositivos de modelación de la subjetividad social, produciéndose entonces una alianza entre estructura social y espacial, en donde lo simbólico y lo sígnico específico de la arquitectura representan sedimentaciones de este proyecto moderno, que bajo la forma de discursos políticos, modelaron grandes fragmentos de la ciudad moderna. ¿Cómo aproximarse a los procesos complejos que esconde esta relación? A nuestro juicio el instrumental teórico - metodológico que acá se reseñará permite resolver de mejor forma el problema de investigación planteado, otorgando un margen amplio de posibilidades de lectura ínter discursiva, que permita sopesar el flujo de deseabilidad social de la época: la atmósfera cultural, la visión del Estado y de la disciplina arquitectónica sobre la habitabilidad popular y la producción del espacio urbano popular en un escenario de marcada influencia ideológica.



¹⁴ En este sentido se reconoce el aporte del texto de Leonardo Benévolo “Política y arquitectura” en Introducción a la Arquitectura, Ed. H. Blume, Madrid, 1984, quien abre la senda para las posteriores investigaciones de “La tendencia veneciana”, a quienes ya hemos hecho referencia.

2. DE LA DERIVA ESTRUCTURALISTA A LA PREGUNTA POR EL SENTIDO: Semiología y semiótica.

Que las palabras signifiquen, que sean signos, que su razón de ser sea el significar, no sorprende a nadie: las palabras son creadas para significar, y el lenguaje articulado es un instrumento de comunicación. Las palabras se crean para ser signos. Su utilidad consiste en significar. Toda significación secundaria, por ejemplo la noción de connotación descubierta por Barthes, se funda sobre la significación primaria. Antes de ser signos las palabras no son nada. Hasta aquí la lógica del razonamiento básico de la lingüística primigenia, de la semiología saussuriana, donde el lenguaje verbal es el paradigma de todo sistema de comunicación y donde el estructuralismo lingüístico buscó articulaciones comunes a toda lengua, es decir, normas inherentes al lenguaje como sistema de comunicación universal.

La preocupación por leer los signos no lingüísticos cristaliza, por una parte, con los esfuerzos de la semiología de Barthes y su propuesta de avanzar desde la noción de código lingüístico (típico de la semiología saussuriana) hacia el concepto de signo cultural. Y, por otra, con la noción de texto, empleada en el análisis semiótico de Eco. En ella, se entiende al "texto" como tejido contenedor de diversos signos y símbolos presentes en cierto contexto cultural. El objetivo del presente capítulo es conocer, someramente, el camino que recorre la producción teórica desde la primera semiología de los sesenta hasta los estudios semióticos de los años ochenta.

Tanto la semiótica como la semiología buscan analizar estos otros objetos, que no son palabras y que sin embargo actúan (aunque no únicamente) como signos; es decir como realidades que representan otras realidades, con las cuales, dentro de un contexto cultural, mantienen relaciones más o menos estables como representación de aquellos. Los objetos y sistemas de objetos representan valores (metafísicos, religiosos, de estatus) inherentes a una cultura dada¹⁵. De esta forma la dimensión representativa del objeto alcanza esferas considerablemente alejadas de la esfera original, utilitaria o funcional, del objeto en cuestión. La ropa, las viviendas, el menaje, las máquinas, tienen además de su función utilitaria original una función representativa: operan como signos. Y operan como signos en una dimensión más elemental que la representación, aquella que lo distingue por su propia funcionalidad, es decir, son signos de la propia utilidad que prestan; dice Barthes: *"desde el momento que hay sociedad todo uso se convierte en signo de este uso"*¹⁶, y agrega Eco *"utilizar una cuchara para llevarse el alimento a la boca es el ejercicio de una función por medio de un producto manufacturado que la promueve y consiente: y decir que el producto manufacturado promueve la función, ya quiere decir que realiza una función comunicativa, que comunica la función que debe ser ejercida; y el hecho de que alguien utilice la cuchara, a la vista de la sociedad que lo observa ya es la comunicación de su adecuación a determinados usos (y no de otros distintos como el comer con las manos) La cuchara promueve cierta manera de comer y significa esta manera de comer"*.

Si las palabras son signos- signos estos objetos creados originalmente por el hombre con función utilitaria son objetos-signos. En este sentido se puede interrogar a la arquitectura cómo

¹⁵ Al respecto ver el análisis del automóvil como signo de estatus hecho por Humberto Eco en La estructura ausente (s/r) y el del mobiliario doméstico moderno como simbólica de la mentalidad burguesa hecho por Jean Baudrillard en El sistema de los objetos, ed. Siglo XXI, México, 1987.

¹⁶ Barthes, Roland. Elementos de semiología (s/r)

objeto-signo, en tanto una dimensión de la arquitectura cumple el rol de satisfactor de necesidades funcionales. Sin embargo, si asumimos que la obra arquitectónica surge no sólo de necesidades físicas o psicológicas de protección, sino también y simultáneamente de la necesidad del hombre de construir y mantener su mundo cultural. Mundo que sólo se constituye y mantiene en la medida que se establece como un complejo sistema total y abierto de significaciones¹⁷ espaciales, la arquitectura surge también como dispositivo de construcción de un mundo espacialmente significativo. Desde esta dimensión de la arquitectura queda claro que es posible distinguir semantizaciones posibles para los códigos presentes en la obra arquitectónica y que configuraran sintácticamente su performatividad desde lo funcional hasta lo simbólico.

El paso de la semiología a la semiótica implica la apertura de esta noción ampliada del signo y la comunicación a todo el campo de la cultura. En palabras de Eco:

“(...) desde el momento en que el posible uso de la piedra ha sido conceptualizado, la propia piedra se convierte en signo concreto de su uso virtual. Por lo tanto, se trata de afirmar siguiendo a Barthes que desde el momento en que existe sociedad cualquier función se convierte en signo de tal función. Esto es posible a partir del momento en que hay cultura. Pero existe la cultura solamente porque esto es posible.” (...) “Así toda cultura es comunicación y existe humanidad y sociedad solamente cuando hay relaciones comunicativas”. La hipótesis será entonces: toda cultura se ha de estudiar como fenómeno de comunicación. Convirtiéndose la semiótica en una teoría general sobre la cultura. En “La estructura ausente”. Eco advierte que estas afirmaciones no quieren decir que toda la cultura debe reducirse sólo a los aspectos comunicativos, por tanto “espirituales” y no “materiales”(dejando de lado la vieja distinción entre ideofacturas y manufacturas), sino que se debe entender que la cultura puede entenderse mejor si se examina desde el punto de vista de la comunicación¹⁸. La semióloga pretende estudiar entonces, todos los fenómenos comunicativos, esto es, toda la vida social, en el supuesto que la comunicación opera a través de sistemas de signos. Esto implica que no interesa ya tanto estudiar qué se comunica sino cómo se comunica, es decir, el estudio de los procedimientos de comunicación, de los medios para influenciar a los demás. La semiótica, para Eco, adquiere su particularidad no sólo en el estudio de los significados comunicados, que era desde antes el campo de la semántica, sino en el estudio de las maneras de comunicar estos significados. Tiene que ver por tanto, con los significados, pero en un nuevo contexto: la semiótica debe preocuparse no sólo del sentido o del significado de los signos sino también de los procesos que permiten su circulación. La semiología dirá que estos procesos son sistémicos y buscará,

¹⁷ Toda una corriente de pensamiento sobre el símbolo como elemento consustancial a la cultura se abre con los esfuerzos de la antropología filosófica de Cassirer en Filosofía de las formas simbólicas, ed. FCE, México, 1975. Esfuerzo continuado por la antropología estructural y sus posteriores vertientes. La antropología releva la pregunta por el significado y el sentido de los actos humanos. Al respecto ver los trabajos de autores tan diversos como C. Geertz, M. Augé, C. Mellaoux y otros antropólogos.

¹⁸ Una buena aproximación al asunto de la cultura material y de los objetos se encuentra en la obra de Jean Baudrillard, Crítica de la economía política del signo, Siglo XXI ed., México, 1989. El texto desarrolla una aguda crítica a la asignación de los objetos de un estatus primariamente funcional o utilitario, el de utensilio vinculado a unas operaciones técnicas sobre el mundo, y por ello mismo el de la mediación para las necesidades antropológicas “naturales” del individuo. En esta perspectiva, los objetos son ante todo función de las necesidades y adquieren su sentido en la relación económica del hombre al entorno. Para Baudrillard esta hipótesis empírica es falsa. Pues, lejos de ser el estatus primario del objeto un estatus utilitario (material) que vendría a sobredeterminar más tarde un valor social de signo (comunicativo), es por el contrario el valor de cambio del signo lo que es fundamental, no siendo el valor de uso con frecuencia otra cosa que caución práctica. Tal es para Baudrillard la única hipótesis sociológica correcta. “Bajo su evidencia concreta, las necesidades y las funciones no describen en el fondo sino un nivel abstracto, un discurso manifiesto de los objetos, frente al cual el discurso social, ampliamente inconsciente, aparece como fundamental. Una verdadera teoría de los objetos y del consumo se fundará no sobre una teoría de las necesidades y de su satisfacción, sino sobre una teoría de la prestación social y de la significación. pp.1-2 y ss.

por tanto, aquellos campos en que las diversas prácticas sociales son pensadas como sistemas significantes, o sea como sistemas estructurados.

La semiótica estudia entonces, los diferentes sectores de la cultura, los procesos culturales o las diferentes prácticas sociales como sistemas de comunicación: de este modo, debe abocarse al estudio y la descripción de los sistemas de signos que hacen posible, en cada caso, la comunicación. Para Barthes la semiología debe estudiar las condiciones de comunicabilidad y comprensibilidad del mensaje (de codificación y decodificación) y no su contenido de verdad. Ahora en relación con la obra arquitectónica, ¿Dé qué forma es posible acercarse a ella semióticamente?

Aproximarse desde la semiología a la arquitectura implica asumir a esta última como fenómeno comunicativo. Para abordar esta premisa es necesario analizar el fenómeno comunicativo arquitectónico desde la preconcepción semiológica de la comunicación. Es decir, estudiándola como sistema de signos o intentar describir ese sistema. Ahora bien, si se asume que todo sector cultural puede ser estudiado como sistema de signos, es posible preguntarse por la arquitectura en cuanto sistema de signos, no sólo desde un razonamiento deductivo: "si todo sector cultural es sistema de signos la arquitectura lo es", sino conjeturalmente. O sea, partiendo de aquella premisa inferir qué elementos de determinada obra arquitectónica pueden ser leídos signíca o simbólicamente, estableciendo sistemas de relación entre sus códigos, enunciados o discursos. Asumiendo hipótesis de falsación probables, en el entendido que no necesariamente todo objeto arquitectónico tenga necesariamente que representar un significado o un sentido explícito. Sino más bien interrogar al objeto y ponderarlo en su cualidad comunicante. Decomponer su sintaxis, indagar en sus semantizaciones, develar aquellos discursos (si los hay) que lo condicionan en su devenir histórico y en su situación espacial. Ello, claro, a partir del análisis morfológico y performativo de la obra, pero también a partir de los múltiples juegos de lenguaje que ella contiene.

El intento semiológico sistémico de los setenta por leer la arquitectura se encuentra en Barthes en "Semiología y Urbanismo"¹⁹. Allí compara la ciudad con un texto: "*volvamos aquí a encontrar la vieja intuición de Víctor Hugo: la ciudad es una escritura; aquel que se desplaza por la ciudad, es decir, el usuario de la ciudad es un tipo de lector que, según sus obligaciones y sus desplazamientos, deduce fragmentos del enunciado para actualizarlos en secreto. Cuando circulamos por una ciudad, nos encontramos en la situación d el lector de los 100.000 poemas de Quenau, donde puede encontrarse un poema diferente cambiando un solo verso; ignorándolo, somos un poco ese lector de vanguardia cuando estamos en la ciudad*", prosigue Barthes, "*Es probable que estos procedimientos de exploración de la semiología urbana consistan en disociar el texto urbano en unidades, luego en distribuir estas unidades en clases formales y en tercer lugar, encontrar las reglas de combinación y transformación d e estas unidades y modelos*".

Este planteamiento fundacional en el terreno semiológico, topa con los límites propios del desarrollo disciplinar de los ´70, en donde el imperativo estructuralista constreñía al objeto en los marcos rígidos del sistema lingüístico. Sin embargo, la visión semiótica y luego la aportación del posestructuralismo y la narrativa histórica permitirán el nacimiento de una mirada amplia y plural sobre el fenómeno urbano y la arquitectura. Las dificultades de la parcela semiológica las advertía Vaisman con claridad a principios de los ´70: "*Uno de los problemas básicos de la semiología de la arquitectura es precisamente, redefinir los conceptos fundamentales de la semiología de suerte de hacerlos auténticamente operativos para un análisis de la arquitectura*

¹⁹ En Barthes, Roland. : "Semiología y urbanismo", citado por Vaisman, op.cit.

y no operar analógicamente respecto, por ejemplo, de la lingüística, lo cual, si bien puede procurar metáforas muy iluminadoras en general o en algunos aspectos parciales, no permitirá construir científicamente una semiología arquitectónica, de la que deberían desprenderse, por ejemplo guías y apoyos prácticos para el trabajo del arquitecto”

Estas dificultades del análisis sígnico de la arquitectura se encuentran entonces, en los propios límites del estructuralismo predominante, es decir, en el origen de la lingüística moderna y de la semiología “clásica”. Creemos interesante detenernos en este tránsito, pues presupone también el devenir de la teoría, historiografía y crítica de la arquitectura, desde el estructuralismo de Venturi o Rossi hacia las nuevas tendencias posmodernas, deconstructivistas o hermenéuticas para entender la arquitectura.

Los sesenta eran la época del estructuralismo triunfante. La lingüística estructural aparecía como el paradigma del carácter científico de las ciencias sociales. ¿Había acaso algo más natural para la semiología, ciencia nueva y por ello sospechosa, que buscar su legitimidad a la sombra de una “ciencia madre” tan prestigiosa? . De ahí la tentación de tratar los nuevos objetos como modelos precedentes de la lingüística. En el caso de Barthes, de la lingüística posausuriana. Generalmente este intento de legitimación aparecía acompañado por la afirmación de la universalidad de la lingüística y se apuntaba siguiendo el modelo de ésta, a elaborar una teoría semiótica generalizada, responsable de todas las formas y de todas las manifestaciones de la significación.

Una de las características de las teorías lingüísticas que aparecieron en el horizonte estructuralista es haber heredado el postulado saussuriano según el cual la lengua es una institución y por ello, un objeto sociológico por excelencia. Contenedora de modelos que asociaban el rigor y el poder descriptivo, la lingüística se entendía entonces como la fuente ideal de donde extraer los instrumentos de la nueva ciencia de los signos. Tanto la lingüística “universalista” como la semiología estructuralista, se manifestaron en general insensibles a la dimensión social de los objetos, encerrándolos en su condición de códigos sistémicos. Dicho sintéticamente: *“La supuesta universalidad de una teoría lingüística ha sido transferida con exceso a objetos que no pueden separarse de prácticas sociales específicas. Esta transferencia, alimentada por una ambición un poco ingenua fracasó.”*²⁰

Hacia los setenta con el estudio de las imágenes, comienza a ponerse en cuestión la aspiración totalizante de la lingüística estructural. A partir del interés por estudiar los mensajes contenidos en la fotografía y el cine, la imagen se entiende, siguiendo a Metz²¹, no como un imperio autónomo y encerrado en sí mismo, un mundo aislado sin comunicación con aquello que lo rodea. Las imágenes – como las palabras, la arquitectura, la pintura- no podrían evitar caer en los juegos del sentido, en las mil dependencias que reglamentan la significación en el seno de las sociedades. Desde el instante mismo en que la cultura se apodera –y ya está presente en el espíritu del creador de imágenes- del texto icónico, como de todos los otros textos, aparece la impresión de la figura y del discurso.

Un segundo asunto que marca el giro del estructuralismo es el asunto de las unidades mínimas de significación, en concreto la noción lingüística de código. Pues aquellos que se opusieron al

²⁰ Verón, Eliseo. “De la imagen semiológica las discursividades. El tiempo de una fotografía”, en Espacios Públicos en imágenes, Veyrat-Masson y Dayan, Daniel (comps.), Ed. Gedisa, Barcelona, 1997 .p.51.

²¹ Metz, Christian: Langage et cinéma, Paris, Klincksieck, 1971.

imperialismo estructuralista, sentían de todos modos, la necesidad de encontrar un principio teórico que organizara los objetos significantes que pretendían analizar. Ahora bien, un código, es sólo un reservorio de composición de los mensajes. *“Ante una imagen fotográfica, por ejemplo, uno se formulaba pues la cuestión de saber cómo deslindar las unidades que la componían y parecía que la respuesta a esta interrogante debía proceder a cualquier análisis (...) Evidentemente esta interrogante carece de respuesta puesto que en una imagen fotográfica no hay unidades que conformen un código preexistente. Esta paradoja (aparente) de un mensaje sin código ya había sido mencionada desde un comienzo por Barthes en su artículo sobre la fotografía periodística”*²². Es así cómo Metz denuncia la inútil búsqueda de unidades mínimas invitando a desembarazarse del concepto saussuriano de “signo” como también de la noción de código.

Ya no se trataba entonces de afirmar que es necesario conocer los códigos para poder analizar las imágenes: para lograr algo que corresponda al orden de disposición operativa, al orden de la organización signifiante, es necesario partir de los mensajes. El análisis de los mensajes constituye el paso previo que es indispensable dar antes de establecer las reglas de organización de las materias significantes; son los mensajes, desde esta perspectiva, los que construyen progresivamente, en el seno de la historia y de la sociedad, conjuntos de reglas de producción y de reconocimiento que ya no pueden llamarse códigos. Pero liberarse del concepto de código trajo consigo una serie de problemas metodológicos y conceptuales ¿Con que instrumentos abordar estos mensajes inmersos en los movimientos de la historia y la sociedad?, ¿Cuál es la naturaleza de las reglas operativas que los mensajes construyen a través del tiempo? Aquí es donde aparece la problemática de la enunciación. Los desarrollos de las teorías de la enunciación hicieron posibles, a decir de Verón, tres logros: que se definieran nuevos criterios de análisis; que se establecieran nuevas relaciones, mucho más fecundas, con la lingüística y que se articularan los mensajes tratados con el ambiente social y cultural.

De este modo se comienzan a establecer relaciones entre los diversos soportes culturales iconográficos (fotografía, cine, etc.) y tipos de discursos. Ahora bien ¿Cuál es el rango que le corresponde a ese objeto técnico que da lugar a diferentes utilidades y, en consecuencia, a diferentes discursividades sociales?, ¿Es sólo un objeto previo, anterior y exterior a la producción de sentido, que ya sería siempre discursiva? ¿O bien constituye como tal, una especie de núcleo semiótico? Estas interrogantes llevadas al plano del objeto arquitectónico como obra de arte nos plantean el tema de la representación. ¿Es siempre una obra de arte representación de otro discurso, o es sólo el signifiante de un sentido que escapa al signo propiamente tal, siendo éste sólo el receptáculo de discursividades externas a él? Sabemos que en el caso de la arquitectura ha sido ésta una posibilidad histórica, en especial aquella arquitectura deliberadamente ideológica de los Estados Nacional Socialistas o Fascistas o bajo los principios del arte conceptual. Del mismo modo se reconocen importantes intentos por situar la obra arquitectónica en su dimensión autónoma, en su capacidad de significar por sí misma, bajo los preceptos del genio del autor o de la autonomía disciplinaria, léanse, por ejemplo, los ejercicios minimalistas. Sin embargo, estas aproximaciones pueden ser leídas como polos, situándose entre éstos infinitas posibilidades de negociación entre la obra como mera representación o como “arte por el arte”. La obra asumida como núcleo semiótico permite develar los diversos discursos o textos presentes en su interior y caracterizar las formas de coexistencia entre éstos definidas por Rojo y las diversas articulaciones enunciativas descritas por Foucault. De ello nos preocuparemos en detalle más adelante.

²² Verón, op.cit, p.54.

Pero volvamos a la relación del objeto y los discursos desde la perspectiva de la semiología no estructuralista. La forma de reconocer las articulaciones entre soporte y discurso en la fotografía hecha por Barthes, da relieve en definitiva a la subjetividad en la lectura de las imágenes. Ello lleva a un problema central: la pluralidad que presentan las modalidades de apreciación de los discursos que se traducen en lo que Verón llama “el desfase entre la producción y el reconocimiento” y, por tanto, la comprobación de que la circulación del sentido no es lineal. Es del mismo modo, evidente que la lectura semiótica desembarazada del estructuralismo extiende la cuestión del significado (siempre relacional, siempre articulador de eslabones significantes, por tanto, siempre sistémico) hacia la pregunta por el sentido (siempre difuso, limítrofe, que se manifiesta bajo la forma de estallidos, de fragmentos que huyen del encierro de la significación estructurante.)

Es así como se puede concluir que ningún análisis inmanente realizado sólo a partir del análisis de la significación, sea fenomenológico, semiológico o lingüístico, puede captar la diversidad de las modalidades de articulación entre la producción y la recepción que se mueven alrededor del objeto y la sociedad. Pero puesto que, el análisis del sentido se hace en el contexto de una reflexión atenta a los movimientos de la evolución sociocultural, puede y debe arrojar luces sobre las formas de esta relación.

Ello no es más que decir que, con la pregunta por el sentido, se pasa desde el análisis de la semiología al análisis semiótico. La diferenciación histórica entre lo que designan estas dos denominaciones consiste en el hecho que la primera ha llegado a ser una técnica de análisis de corpus, la segunda, según las tesis innovadoras de Pierce, es una teoría global de la sociedad y de la cultura, localizada en la producción de sentido. Una teoría y no una disciplina: su carácter global no corre el riesgo de traducirse en pretensiones imperialistas. La semiótica, en la medida en que es una teoría de la producción puede y debe articularse con las conceptualizaciones de la historia, la antropología, la sociología, la ciencia política, la economía. La preocupación por lo transdisciplinario se manifiesta en la actualidad, en la tendencia de los Estudios Culturales. Ello lo veremos en detalle más adelante. Verón concluye con claridad las implicancias del fin de la deriva estructuralista: *“Las propiedades semiológicas de los discursos carecen de interés en sí mismas: sólo son el producto (más o menos estabilizado) de la semiosis sociocultural.”*

En esta línea de pensamiento se ubica el lógico estadounidense Pierce, quien reflexiona sobre el poder autónomo de los signos sobre los designios humanos. Trata sobre la vectorialidad de los signos o teleología, es decir, su capacidad de apuntar hacia el futuro y de organizarlo de un modo general y abierto tanto al posibilismo del azar como al duro golpe de lo imprevisto. Aborda lo que denomina la dimensión teológica de la semiosis o acción sígnica. *“Entiendo por teología la direccionalidad que tiene todo signo hacia el futuro, y que fundamenta la premisa de que los símbolos crecen”*, ya que ellos surgen por desarrollo a partir de otros signos y una vez que un símbolo llega a ser, se expande entre las gentes. En el uso y en la experiencia su significado crece. Y es de ese modo que *“la razonabilidad del universo aumenta en forma continua, es decir, se incrementa la complejidad de su trama de tramas”*.²³

En este sentido cabe preguntarse por el poder autónomo de los signos presentes en la arquitectura estatal de los proyectos modernizadores. ¿No contienen aquellas obras un simbolismo funcional a las narrativas de legitimación políticas e históricas, que trascienden la voluntad e individuación de los procesos creativos del arquitecto? Los signos de lo construido, en tanto dominación del espacio y configuración del paisaje, contribuyen a la generación de una subjetividad popular comprometida con los proyectos de integración social y de regeneración

²³ Pierce citado por Verón, op.cit.

cultural deseados desde la institucionalidad. El diseño urbano y arquitectónico se asumen entonces, como enunciados complejos, que no sólo dicen relación con la técnica de control y ordenamiento del territorio y la población, sino como dispositivos de contribución a la emergencia de un imaginario cultural, centrado en el estado y la modernización tanto de la ciudad, de los fragmentos urbanos, como de las viviendas. De esta forma se propone una determinada forma de construcción del paisaje, del espacio público y de la esfera doméstica. Discursos y dispositivos de modernización al amparo de la máquina estatal.

3. POS ESTRUCTURALISMO:

El discurso en Foucault.

Vallamos ahora a la génesis del pensamiento pos-estructuralista. La transición desde el paradigma lingüístico clásico hacia el análisis del discurso, cristaliza con la obra del filósofo francés Michel Foucault.

Pensar los discursos desde la perspectiva de Foucault, significa adentrarse en la particular propuesta teórico / metodológica presentada en la Arqueología del saber. Sin embargo no se debe desconocer la vasta obra del pensador francés, en donde aplica su marco conceptual a una serie de campos de análisis específicos: la historia de la locura, el nacimiento de la prisión, el nacimiento de la clínica, la historia de la sexualidad, el origen de las Ciencias del hombre, etc.

En la arqueología del saber, opta por formular un marco teórico y metodológico de sus investigaciones sobre aspectos específicos. Se propone estudiar los fenómenos históricos no ya desde sus estratos en profundidad, desde sus juegos de duración temporal, de sus coyunturas en relación con sus estructuras; sino más bien desde los cortes, las interrupciones y quiebres.

Para Foucault, el trabajo del historiador y sus métodos se han desplazado de las vastas unidades que describían como “épocas” o “siglos”, hacia fenómenos de ruptura. *“por debajo de la persistencia de un género, de una forma, de una disciplina, de una actividad teórica, se trata ahora de detectar la incidencia de las interrupciones.”*²⁴. El estudio de las interrupciones en el campo de la historia de las ideas, de las ciencias, del conocimiento, de la cultura permite escindirlos de su origen empírico y de sus motivaciones iniciales, los purifican de sus complicidades imaginarias; prescriben el análisis histórico, no ya a la investigación de los comienzos silenciosos, no ya al remontarse sin término hacia los primeros precursores, sino en el señalamiento de un nuevo tipo de racionalidad y de sus efectos múltiples. La historia de un concepto no es, por tanto, la de su desencadenamiento progresivo, de su racionalidad sin cesar creciente, de su gradiente de abstracción, sino la de sus diversos campos de constitución y de validez, la de sus reglas sucesivas de uso, de los medios teóricos donde su elaboración se ha realizado y acabado. Redistribuciones recurrentes que hacen aparecer varios pasados, varias formas de encadenamiento, varias jerarquías de importancias, varias redes de determinaciones, varias teleologías, para una sola y misma ciencia, a medida que su presente se modifica. Unidades arquitectónicas de los sistemas para las cuales las influencias, de las tradiciones, de las continuidades culturales, no es pertinente, sino más bien la de las coherencias internas, de los axiomas, de las cadenas deductivas, de las compatibilidades. No es menester indagar, entonces, sobre el alma o la sensibilidad de una época, ni tampoco de los grupos, las escuelas, las generaciones o los movimientos, ni aun siquiera el personaje de autor en el juego de

²⁴ Foucault, Michel La arqueología del saber. Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1977.

trueques que ha anudado su vida y su creación, sino la estructura propia de una obra, de un libro, de un texto.

“En suma, la historia del pensamiento, de los conocimientos, de la filosofía, de la literatura parece multiplicar las rupturas y buscar todos los erizamientos de la discontinuidad” (p. 8)

Las problemáticas que plantea esta postura son diversas. Como definir una ciencia, un conocimiento, la teoría, que es un concepto, un texto. Cómo discernir entre los diversos niveles de análisis: cual es el nivel del análisis estructural, cual el de la asignación de causalidad, cual el de la interpretación, etc. Para ello Foucault nos lleva a un terreno fundamental, la redefinición del valor del DOCUMENTO.

Desde siempre la historia ha trabajado con documentos. Interrogándolos, se les ha preguntado lo que querían decir, también si acaso decían la verdad, si eran informados o ignorantes, si auténticos o alterados, verosímiles o falsificadores y por qué razones. Pero estas interrogantes apuntaban a un mismo fin: reconstituir a partir de lo que dicen esos documentos el pasado del que provienen y que ahora a quedado desvanecido detrás de ellos. Ahora bien, según Foucault la historia ha cambiado de posición frente al documento: se atribuye como tarea principal no el de interrogarlo, ni tampoco determinar si es veraz y cual su valor expresivo, sino trabajarlo desde el interior y elaborarlo. La historia lo organiza, lo recorta, lo distribuye, lo ordena, lo reparte en niveles, establece series, distingue lo que es pertinente de lo que no lo es, fija elementos, define unidades, describe relaciones. El documento no es pues esa materia inerte a través de la cual trata la historia de reconstituir lo que los hombres han dicho o hecho: trata de definir en el propio tejido documental unidades, conjuntos, series, relaciones. Se trata de separar a la historia de su justificación antropológica: la de suponer una memoria milenaria y colectiva que se ayudaba de los documentos para recobrar la lozanía de sus recuerdos. El documento no es el instrumento afortunado de una historia que fuese en sí misma y con pleno derecho memoria; la historia es cierta manera, para una sociedad el dispositivo que da estatuto y elaboración a una masa de documentos de la que no se separa.

Digamos, para abreviar, que la historia, en su forma tradicional, se dedicaba a memorizar los monumentos del pasado, a transformarlos en documentos y a hacer hablar esos rastros que, por sí mismos, no son verbales a menudo, o bien dicen en silencio algo distinto de lo que en verdad dicen. En nuestros días la historia es lo que transforma los documentos en monumentos, y que allí donde se trataba de reconocer por su vaciado lo que había sido, despliega una masa de elementos que hay que aislar, agrupar, hacer pertinentes, disponer en relaciones, constituir en conjuntos. Hubo un tiempo en que la arqueología tendía a dotar de discurso histórico al monumento inerte. Hoy día la historia tiende a la arqueología, a la descripción intrínseca del MONUMENTO.

Con relación a la transfiguración del documento, el historiador Jacques Le Goff,²⁵ aporta una interesante visión para nuestro interés de asumir las obras de CORMU como fuentes de interpretación históricas. Distingue dos materiales de la memoria colectiva y de la historia: monumentos y documentos. Los primeros los entiende como “herederos del pasado”, los segundos como “elección del historiador”. Plantea el triunfo del documento frente al monumento en pleno auge de la escuela historiográfica positivista. La visión del documento únicamente como texto escrito y como portador de datos objetivos de la realidad anuló las posibilidades de interpretación histórica, aquellas que toman en cuenta las condiciones de origen y permanencia

²⁵ Le Goff, Jacques. El orden de la memoria. El tiempo como imaginario, ed. Paidós, Barcelona 1991 .En especial el capítulo “Del monumento al documento”.

del documento en el tiempo, así como las condiciones subjetivas de legitimación del texto como fuente verosímil dada por los historiadores. Esta visión positivista y marcadamente objetiva del documento no consideraba las condiciones histórico culturales de emergencia del documento, siempre ligadas de alguna forma al poder.

Es así como a partir de los años ´60, hemos asistido a un proceso de ampliación de la idea de documento asistiendo una verdadera “revolución documental” en el campo de la historiografía. Ella se manifiesta en que la noción de documento es tomada en el sentido más amplio, documento escrito, ilustrado, transmitido mediante el sonido, la imagen o de cualquier otro modo. Es esta una revolución cualitativa y cuantitativa a la vez. El interés de la memoria colectiva y de la historia ya no se cristaliza exclusivamente sobre los grandes hombres y los acontecimientos políticos y diplomáticos. Esta ahora se ocupa de todos los hombres, y por tanto, las fuentes documentales se ven multiplicadas por doquier.

Esta revolución, impulsada principalmente desde la llamada Escuela de los Annales, trajo consigo una redefinición del documento como monumento, en donde es deber del historiador asumir que el documento no es una mercancía; es producto de una sociedad que lo ha fabricado según el vínculo de las fuerzas que en ella retenían el poder. No existe, por tanto, “un documento objetivo, inocuo, primario”. La ilusión positivista, que veía en el documento una prueba de buena fe, parece hoy ingenua. El abordar el documento como monumento implica al historiador no hacerse el ingenuo y asumir al documento como resultado de un proceso de montaje, conciente o inconsciente, de la historia, de la época, de la sociedad que lo ha producido. Pero también de las épocas ulteriores durante las cuales ha continuado viviendo, acaso olvidado, durante las cuales ha continuado siendo manipulado, a pesar del silencio. En palabras de Le Goff *“El documento es una cosa que queda, que dura y el testimonio, la enseñanza que aporta, deben ser en primer lugar analizados desmitificando el significado aparente de aquél. El documento es monumento. Es el resultado del esfuerzo cumplido por las sociedades históricas por imponer el futuro – queriéndolo o no queriéndolo aquella imagen dada de sí mismas”* (p.238).

Esta concepción documento/monumento nos permite asumir las obras de CORMU en su condición de signos históricos que reflejan una intencionalidad dada desde el poder (el Estado), con el fin de proyectar una imagen de su tiempo en el futuro. Futuro que para la época, tenía rasgos de utopía, bajo la forma de progreso modernizante o bajo la forma de una sociedad justa. Los monumentos CORMU permanecen hoy olvidados o resignificados, pero portadores del sentido que reflejan significaciones socioculturales sobre el tiempo, la historia y la memoria colectiva.

Para Foucault, esta transformación del documento en monumento tiene aún otras implicancias. En primer término el efecto de superficie señalado ya. La multiplicación de rupturas en la historia de las ideas, la reactualización de los períodos largos en la historia propiamente dicha. La historia en la forma tradicional, se proponía establecer unas relaciones (de causalidad simple, de antagonismo, de determinación circular) entre hechos o acontecimientos fechados: dada la serie se trataba de establecer la vecindad de los acontecimientos.

De aquí en adelante el problema es construir series y no sólo relaciones: definir para cada una sus elementos, fijar sus límites, poner al día el tipo de relaciones que le es específico y formular su ley y, como fin ulterior, describir las relaciones entre las distintas series, para constituir de este modo series de series o cuadros. De ahí, la multiplicación de los estratos, su desgajamiento, la especificidad del tiempo y de las cronologías que le son propias: de ahí la necesidad no sólo de distinguir unos acontecimientos importantes (con una larga cadena de

consecuencias) y acontecimientos mínimos, sino unos tipos de acontecimientos de nivel completamente distinto (unos breves, unos de duración mediana, otros de marcha lenta). De ahí la posibilidad de hacer aparecer series de amplios

jalonamientos, constituidos por acontecimientos raros o acontecimientos repetitivos. En la historia de las ideas la mutación ha disociado la larga serie constituida por el progreso de la conciencia, o de la teleología de la razón, o la evolución del pensamiento humano; ha vuelto a poner sobre el tapete los temas de la convergencia y de la realización; ha puesto en duda las posibilidades de la mutación. Ha traído la individualización de series diferentes, que se yuxtaponen, se suceden, se encabalgan y se entrecruzan, sin que se las pueda reducir a un esquema lineal.

De este modo, Foucault propone *“reemplazar aquella cronología continua de la razón, que se hacía remontar invariablemente al inaccesible origen, a su apertura fundadora; por escalas breves, distintas las unas de las otras, rebeldes a una única ley, portadoras a menudo de un tipo de historia propio de cada una, irreductibles al modelo general de una conciencia que adquiere, progresa y recuerda.”* (p.13)

Una segunda consecuencia de la transformación del documento en monumento es que la noción de discontinuidad ocupa un lugar mayor en las disciplinas históricas. Para la historia en la forma clásica la discontinuidad era ese estigma del desparramamiento temporal que el historiador tenía la misión de suprimir de la historia, y que ahora ha llegado a ser uno de los elementos fundamentales del análisis histórico. Esta discontinuidad aparece con un triple papel: constituye una operación deliberada del historiador: debe distinguir los niveles de análisis, las periodizaciones, los métodos propios a cada nivel, etc. Es también el resultado de su descripción: porque lo que trata de descubrir los límites de un proceso, el punto de inflexión de una curva, la inversión de un movimiento regulador, los límites de una oscilación, el umbral de una funcionamiento, el instante de dislocación de una causalidad circular. Así la discontinuidad deja de ser el signo negativo de la lectura histórica, para convertirse en el elemento positivo que determina su objeto y la validez de su análisis. Esta inferencia permite, en el marco de nuestra investigación, la posibilidad de analizar las obras CORMU en su profundidad coyuntural, como reflejo de un momento nodal de jalonamiento de diversos enunciados pertenecientes a diversos campos discursivos: la política partidista, la disciplina arquitectónica, los significados sobre habitabilidad popular presentes en el Estado y en los movimientos sociales y la concepciones del arte y la cultura presentes en los actores sociales de la época. Estas relaciones y series pueden verse como coyuntura, como acontecimientos específicos que contiene en sí las articulaciones discursivas posibles de identificar. Las bases de los concursos, los proyectos, las leyes y reglamentos sobre planificación urbana, los discursos intelectuales críticos y oficiales sobre la ciudad, y las obras mismas se yerguen como acontecimientos portadores de historicidad, factibles de leer bajo diversas semantizaciones posibles.

Una tercera consecuencia es que el tema de la posibilidad de una historia global (aquella que presupone un sistema de relaciones homogéneas entre todos los acontecimientos de un área espacio-temporal acotada y que una misma forma de historicidad atraviesa todas las profundidades y superficies analíticas) comienza a borrarse. Foucault propone los lineamientos para desarrollar una historia general: definir que forma de relación puede ser legítimamente descrita entre estas distintas series; qué sistema vertical son capaces de formar; cuál es el juego de sus correlaciones y de las dominantes; qué efecto pueden tener los desfases, las temporalidades diferentes, las distintas remanencias; en qué conjuntos distintos pueden figurarse simultáneamente distintos elementos. En una palabra no series sino serie de series, cuadros posibles de construir.

“Una descripción global, apiña todos los fenómenos en torno de un centro único: principios, significación, espíritu, visión de mundo, forma de conjunto. Una historia general desplegaría, por el contrario, el espacio de una dispersión” (p.16)

Una última conclusión es la aparición de nuevos problemas metodológicos: la constitución de corpus coherentes y homogéneos de documentos (corpus abiertos o cerrados, finitos o indefinidos); el establecimiento de un principio de elección (fijación de elementos representativos, procedimientos estadísticos); la definición del nivel de análisis y los elementos que son para el pertinentes; la especificación de un método de análisis cuantitativo, interpretativo, correlación, delimitación de conjuntos); la determinación de las relaciones que permiten caracterizar un conjunto (numéricas, lógicas, causales, analógicas)

El tema de la discontinuidad plantea no sólo problemas de procedimiento sino que también teóricos. Estas problematizaciones son abordadas por Foucault en el campo de la historia de las ideas. Propone al respecto hacer un trabajo negativo: liberarse de todo un juego de nociones que diversifican el tema de la continuidad. Tal es la noción de tradición, que autoriza a reducir la diferencia propia de todo comienzo, gracias a ella se pueden aislar las novedades sobre un fondo de permanencia y transferir su mérito a la originalidad, al genio, a la decisión propia de los individuos. Tal es también la noción propia de influencia, las nociones de desarrollo y evolución, las nociones de mentalidad o de espíritu, que permiten establecer entre los fenómenos simultáneos o sucesivos de una época dada una comunidad de sentido, lazos simbólicos, un juego de semejanzas y de espejo, la aparición de una conciencia colectiva. Es preciso desalojar esas formas y esas fuerzas oscuras por las que se tiene costumbre de ligar entre sí los discursos de los hombres.

Se debe también dudar de los grandes cortes o agrupamientos a los cuales nos hemos acostumbrado, en particular aquellos referidos a los grandes discursos: la ciencia, la literatura, la religión, la ficción, la filosofía. Con mayor razón cuando se trata de estudiar un conjunto de enunciados que en su origen, estaban distribuidos, repartidos y caracterizados de una manera totalmente distinta. De todos modos esos cortes son siempre ellos mismos categorías reflexivas, principios de clasificación, reglas normativas, tipos institucionalizados: son a su vez hechos de discursos que merecen ser analizados al lado de los otros, con los cuales tienen, indudablemente relaciones complejas.

Pero por sobre todo, las unidades que hay que mantener en suspenso son las que se imponen de manera más inmediata: la obra y el libro. Por ejemplo, Foucault afirma que jamás los márgenes de un libro están rigurosamente cortados. Por el contrario, están envueltos en un sistema de citas de otros libros, de otros textos, de otras frases, como un nudo en una red. Se construye a partir de un campo complejo de discursos.

Se debe, además, renunciar a dos temas que se encuentran ligados el uno al otro. Un primer motivo que se refiere al análisis histórico del discurso como búsqueda y repetición de un origen que escapa a toda determinación histórica; el otro le hace ser interpretación o escucha de algo ya dicho, que sería al mismo tiempo un no dicho. Es necesario renunciar a todos esos temas cuya función es garantizar la infinita continuidad del discurso y su secreta presencia en el juego de una ausencia siempre renovada. Estar dispuesto a acoger cada momento del discurso en su irrupción de acontecimiento; en esa coyuntura en que aparece y en esa dispersión temporal que le permita ser repetido, sabido, olvidado, transformado, borrado hasta en su menor rastro, sepultado, muy lejos de toda mirada, en el polvo de los libros. No hay que devolver el discurso a la lejana presencia del origen; hay que tratarlo en el juego de su instancia. Con respecto a las

categoría ciencia o literatura ¿qué son? ¿cómo definir las? Se trata de reconocer que no son quizá lo que se reconocía a primera vista. En una palabra, que exigen una teoría, y que esta teoría no puede formularse sin que aparezca, en su pureza no sintética, el campo de los hechos de discursos a partir del cual se los construye. Con qué derecho pueden reivindicar un dominio que las individualiza en el tiempo; con arreglo a que leyes se forman; cuales son los acontecimientos discursivos sobre cuyo fondo se recortan, y si, finalmente, no son en su individualidad aceptada y casi institucional, el efecto de superficie de unidades más consistentes.

Una vez suspendidas esas formas inmediatas de continuidad se encuentra en efecto, liberado todo un dominio. Un dominio inmenso, pero que se puede definir: está constituido por el conjunto de todos los enunciados efectivos (hayan sido hablados o escritos), en su dispersión de acontecimientos y en la instancia que le es propia a cada uno. Antes de habérselas, con toda certidumbre, con una ciencia, o con unas novelas, o con unos discursos políticos, o con una obra de un autor, el material que habrá que tratar en su neutralidad primera es una multiplicidad de acontecimientos en el espacio del discurso en general. Así aparece el proyecto de una descripción pura de los acontecimientos discursivos como horizonte para la búsqueda de las unidades que en ellos se forman. El campo de los acontecimientos discursivos, es el conjunto siempre finito y actualmente limitado de las únicas secuencias lingüísticas que han sido formuladas. La descripción de los acontecimientos del discurso plantea otra cuestión muy distinta: ¿Cómo es que ha aparecido tal enunciado y ningún otro en su lugar?

El análisis del pensamiento es siempre alegórico en relación con el discurso que utiliza. Su pregunta es: ¿Qué es pues lo que se decía en aquello que era dicho? El análisis del campo discursivo se orienta de manera muy distinta: se trata de captar el enunciado en la estrechez y singularidad de su acontecer; de determinar las condiciones de su existencia, de fijar los límites de la manera más exacta, de establecer sus correlaciones con los otros enunciados que pueden tener vínculos con él, de mostrar que otras formas de enunciación excluye. *“No se busca en modo alguno, por bajo de lo manifiesto, la garrulería casi silenciosa de otro discurso; se debe mostrar por qué no podía ser otro de lo que era, en que excluye a cualquier otro, cómo ocupa, en medio de los demás y en relación con ellos, un lugar que ningún otro podría ocupar. ¿Cuál es esa singular existencia, que sale a luz en lo que se dice, y en ninguna otra parte?”*

Un enunciado es siempre un acontecimiento que ni la lengua ni el sentido pueden agotar por completo. Acontecimiento extraño porque está ligado por una parte a un gesto de escritura o a la articulación de una palabra, pero que por otra se abre a sí mismo una existencia remanente en el campo de una memoria; después porque es único como todo acontecimiento, pero se ofrece a la repetición, a la transformación a la reactivación; finalmente porque está ligado no sólo con situaciones que lo provocan y con consecuencias que el mismo incita sino a la vez, y según una modalidad totalmente distinta, con enunciados que lo preceden y lo siguen.

Pero si se aísla, con respecto a la lengua y al pensamiento, la instancia del acontecimiento enunciativo, no es para diseminar una polvareda de hechos. Es para estar seguro de no referirla a operadores de síntesis que sean puramente psicológicos (la intención del autor, la forma de su intelecto, el rigor de su pensamiento, los temas que obsesionan, el proyecto que atraviesa su existencia y le da significación) y poder captar otras formas de regularidad, otros tipos de conexiones. Relaciones de unos enunciados con otros; relaciones entre grupos de enunciados así establecidos; relaciones entre grupos de enunciados o enunciados y acontecimientos de un orden completamente distinto (técnico, económico, social, político). Hacer aparecer en su pureza el espacio en que se despliegan los acontecimientos discursivos

no es tratar de restablecerlo en un aislamiento, no es encerrarlo sobre sí mismo, sino es hacerse libre para describir en él y fuera de él juegos de relaciones.

Al liberarlos de todo agrupamiento que se da por unidades naturales inmediatas o universales, nos damos la posibilidad de describir, esta vez por un conjunto de decisiones dominadas, otras unidades.

Está excluido, eso sí, que se puedan describir sin punto de referencia todas las relaciones que puedan aparecer así. Es preciso aceptar un corte provisional: una región inicial que el análisis alterará y reorganizará de ser necesario. Es preciso elegir empíricamente un dominio en él, ya que las relaciones corren el peligro de ser numerosas, densas y relativamente fáciles de describir, ¿cómo estar seguro de escapar a cortes como los de la obra, a categoría como las de la influencia, de no ser proponiendo desde el comienzo dominios bastante amplios, escalas cronológicas bastante vastas? Esta noción de coyuntura, como corte en profundidad permite presuponer cómo hipótesis la posibilidad de conocer, mediante el análisis de momentos históricos diversos, la historia de la producción espacial desde el aparato público, desde los discursos y enunciados que sobre ella la sociedad chilena erigió.

4.- DECONSTRUCCIÓN: Texto y lugar en Derrida

Derrida desde el método deconstructivo considera a la filosofía como una estrategia de lectura / escritura que no necesariamente busca la certeza y que tiene lugar no sobre un conjunto de problemas sino sobre textos. Considera que se debe ampliar y reelaborar considerablemente el concepto de texto. *“El concepto de texto debe generalizarse sin límites”*, hasta el punto que no debe seguir oponiéndose, como se hace normalmente, el texto a la palabra o bien el texto a la realidad. Derrida afirma que aquella realidad no escriturada también tiene la estructura de texto.

Así anuncia la de-construcción, una operación que no pretende acercar a los objetos al presente sino pensar aquella diferencia, pensar en la distancia que hay entre aquella interpretación y aquellos objetos que se interpretan; de este modo, la comprensión va a diluirse en una serie heterogénea de discontinuidades. *“Comprender la diferencia, como aproximación a lo otro – y llegar a ser incluso el otro- ese sería el trabajo posmoderno”*.²⁶

Como ya se ha mencionado el proyecto House X de Eisenman acude a la terminología deconstructiva derridiana. Hasta Eisenman había sido tradicional la interpretación de la simetría como paradigma de lo clásico como mimesis de la naturaleza humana; pues bien, la de-composición de Eisenman propone abortar el antropocentrismo de su tradicional protagonismo en el proceso de creación arquitectónica. Un vez que se deconstruye la operación mimética (que era clave de la clasicidad); el signo – y puesto que ya no hay univocidad entre significado y significante- será sustituido por lo que Derrida llama el “gram” hecho manifiesto en una gramatología. La gramatología o también serie de montajes es el procedimiento por el que unos materiales ya formados y provenientes de otros contextos se diseminan en un nuevo emplazamiento que queda, así lleno de citas discontinuas y heterogéneas.

²⁶ M. Martín Hernández, op. cit. P.116.

Tras la gramatología, que vendría a ser “la teoría de escribir como cita” (obsérvense las coincidencias con el Borges de “Ficciones”²⁷), se comprueba que cada elemento está constituido sobre la huella de los otros elementos de la cadena, entretejiéndose un tupido texto; en este sólo hay, dice Derrida, “huellas y diferencias”. Como todo signo puede ser citado y atraído al montaje, todos los contextos son susceptibles de ser rotos, generándose a la vez, a partir de ellos, infinidad de contextos.

En relación a la existencia de elementos culturales ilegibles, como podría ser, para algunos tradicionalistas, cierta arquitectura, Derrida sostiene que lo ilegible se refiere solamente como aquello que no se da como un sentido que deba ser descifrado a través de la escritura. *“En general se piensa que leer es descifrar, y que descifrar es atravesar las marcas o significantes en dirección hacia el sentido o el significado”*²⁸.

Lo que realiza el trabajo deconstructivo (en el análisis de ciertos textos o quizás en el límite de cada texto) consiste en experimentar que el sentido no es accesible, que no hay un sentido escondido detrás de los signos, que el concepto tradicional de lectura no resiste ante la experiencia del texto; y en consecuencia, lo que se crea es una cierta ilegibilidad. Independientemente de las situaciones extremas, Derrida nos ilumina, al hacer patente la distinción entre textos, obras arquitectónicas en nuestro caso, en que en su articulación semántica posee signos cargados de significados y otra en que predomina la fuga del signo al exterior, desarticulándose del significado y estallando bajo la forma de producción de sentido. En el primer caso estamos, por ejemplo, en una arquitectura de representación donde la articulación de los signos constituye una clara metaforización de otro discurso, por ejemplo la arquitectura ideológica o política de los totalitarismos. En el segundo caso, la referencia sígnica no se produce necesariamente por concatenación lingüística y el mensaje no denota con claridad un significado. No hay unicidad. Sin embargo, para todos aquellos que agudizan la mirada, la obra aparece como manifestación cultural de la atmósfera epocal, de las corrientes de pensamiento circundante, de las manifestaciones artísticas con las que convivió, etc. Sin ser explícita los significantes explotan al exterior inundando al observador en un mensaje que posee un horizonte de sentido común. Es necesario adentrarse en las redes del texto y descubrir sus elementos en cuanto diferencias y huellas según la (re) contextualización.

Resulta relevante para nuestro estudio la visión de Derrida sobre el espacio y la arquitectura. En este punto son de interés las concepciones de la epistemología del lugar desarrolladas por el filósofo francés en su texto sobre el Timeo de Platón ya citado. Allí expresa el análisis epistemológico tanto en la comprensión científica de la génesis de la tierra, de orden cósmico, como en la historia política y cultural del lugar. El Khora que es el lugar humano, siempre es cronológico e histórico de alguna extraña manera, ya que va más allá de los dos. La astronomía y la historia humana están unidas forzosamente a través de la concepción del lugar, gracias al Khora. Como dice el propio Derrida. Lugar para la política y política del lugar. Esta correlación entre historia social e historia física a través del lugar, es, sin embargo, compleja. Derrida aconseja una y otra vez, usando el Timeo como precedente, que lugar e historia nunca encajan completamente. El lugar nunca es un único relato. La historia existe en un lugar, casualmente, pero nunca es sólo este lugar. La diferencia entre relato y lugar, está en el nacimiento de nuestra cultura, y la reescritura de un relato y la reconstrucción de un lugar, en definitiva son, como señala Muntañola, los únicos caminos para llegar al Khora.

²⁷ Sobre la construcción del texto en Jorge Luis Borges, entendido como cita de citas y su innegable aporte precursor a la tendencia posmoderna (en especial a la concepción del texto en Derrida y al concepto de signo desarrollado por Pierce) hablaremos de ello mas adelante.

²⁸ Las citas de Derrida se encuentran en “Leer lo ilegible”, en Revista de Occidente, pp.62-63, 1986.

5. HERMENÉUTICA E INTERPRETACIÓN.

Para Gianni Vattimo, la hermenéutica consiste en la teoría más usual y, en cierto sentido, hegemónica del pensamiento filosófico a partir de los años '80. En términos esquemáticos significa decir que sí en los años '50 y '60 se dio una hegemonía del marxismo y en los '70, como sabemos, del estructuralismo; hoy si hubiera un idioma común dentro de la filosofía y de la cultura, este habría de localizarse en la hermenéutica. Decir que la hermenéutica está al orden del día, sólo significa, desde el punto de vista de la descripción factual, que así como en el pasado gran parte de las discusiones filosóficas, o de crítica literaria, o de metodología de las ciencias humanas, tenían que rendir cuentas al marxismo o al estructuralismo, sin que por ello tuvieran que aceptar sus tesis, así hoy la hermenéutica parece haber asumido esa misma posición central. En el momento de la publicación de *Verdad y método* de Gadamer en 1960, hermenéutica era un término especializado, que designaba una disciplina particular, ligada a la interpretación de los textos literarios, jurídicos o teológicos; hoy el término ha adquirido, sin embargo, un significado filosófico mucho más amplio que designa ya sea una disciplina particular, una determinada orientación teórica o una corriente del pensamiento. Pero en todos estos sentidos señala Vattimo *“se reconoce a la hermenéutica una centralidad, que se testimonia por la presencia misma del término, de las temáticas hermenéuticas y de los textos que las imponen, en los debates, en la enseñanza, en los cursos universitarios, y hasta en aquellos terrenos, como la medicina, la sociología o la arquitectura, que buscan establecer con la filosofía un nuevo vínculo”*²⁹.

¿Cuales son las razones de la creciente popularidad de la hermenéutica en la cultura de hoy? Vattimo señala en primer término, que la hermenéutica es la forma en que nuevamente se hace valer una exigencia historicista tras la hegemonía estructuralista. El método estructural llevado hasta sus últimas consecuencias, reducía a inesencialidad los contenidos, porque colocaba en una situación de abstracta neutralidad, nunca tematizada al sujeto, ausente del método mismo. Los contenidos a los cuales el método se aplica se tornan inesenciales en la medida en que el interés del observador se pretende como puramente cognitivo. Precisamente sobre la pureza y cognitividad de ese interés resultaba necesario interrogarse. Es cierto, que por otra parte, los estructuralistas habían se reivindicado contra una tradición historicista y evolucionista que hacía de occidente el centro del mundo y se prestaba fácilmente justificaciones ideológicas del imperialismo. El estructuralismo fue, entre otras cosas, la teoría de la descolonización, el esfuerzo por dar la palabra a otras culturas. Sin embargo, todo ello se llevó a cabo, como ahora sabemos, *“al precio de una restauración positivista”* de la pretendida posición neutral del observador. El diálogo con las culturas otras es ahora un verdadero diálogo, donde no se puede eludir el problema de la relación entre observador y observados. Vattimo constata algunos signos relevantes en el campo de la cultura que sirven de pistas para entender el paso del paradigma estructuralista al paradigma hermenéutico. En primer término señala el trabajo semiótico de Umberto Eco *“que en los últimos años viene manifestando un interés creciente por los aspectos pragmáticos de la semiótica, mientras su centro de atención se traslada paralelamente de Saussure a Pierce”* (p.60). Del mismo modo, reconoce los aportes de Derrida, que si bien no se ha considerado nunca un estructuralista, a definido de forma importante las temáticas estructuralistas de los últimos años. *“los trabajos más recientes de Derrida se caracterizan por el interés cada vez más marcado en la ubicación institucional del filósofo, o sea*

²⁹ Gianni Vattimo. *Ética de la interpretación*. Ed. Paidós, Barcelona, 1991. Pp 56.

en los aspectos más pragmáticos e histórico – concretos de la metafísica y de su deconstrucción. Fenómenos como estos parecen indicar que la crisis estructuralista obedece a exigencias, en un sentido amplio, historicistas. Son estas exigencias las que explican el paso a la hermenéutica.”

Ahora bien. ¿Dé que forma responde mejor la hermenéutica que el estructuralismo, a la exigencia de esencializar más los contenidos y a la de tematizar la posición histórica del observador? En general que el pensamiento se vuelva a la hermenéutica para reencontrar la historicidad y la esencialidad de los contenidos que los estructuralistas habían olvidado, se explica por el peso determinante de la teoría de la interpretación desarrollada por Gadamer. En ella la interpretación no es ninguna por parte del observador neutral, sino un evento dialógico en el cual los interlocutores se ponen en juego por igual y del cual salen modificados; se comprenden en la medida que son comprendidos en un horizonte tercero del que no disponen, sino en el cual y por el cual son dispuestos. *“Mientras que el pensamiento estructural tenía por telos la clarificación y la toma de posesión, por parte de la conciencia observante, de ordenes articulados de acuerdo con reglas, el pensamiento hermenéutico pone el acento en la pertenencia de observador y observado a un horizonte común, y en la verdad, como evento que, en el dialogo entre los dos interlocutores, pone en obra y modifica, a la vez, tal horizonte”* (p.62). Formulada en estos términos la hermenéutica reemprende y reelabora la herencia de la crítica existencialista al racionalismo metafísico hegeliano y al cientifismo positivista, que en algunos aspectos importantes todavía influenciaba en el estructuralismo. La experiencia vivida – y fenomenológicamente constatada- del pensamiento, se resiste a esquemas que presumen un sujeto observador como punto de vista neutral o como opacidad que se va clarificando hasta lograr la absoluta autotransparencia del espíritu hegeliano.” La hermenéutica situándose en contra de la pretensión de neutralidad positivista y estructuralista, reivindica la pertenencia del sujeto al juego de la comprensión y al evento de la verdad, pero en vez de encuadrar este evento, como lo hacía Hegel, en un proceso regido por el telos de la autotransparencia, considera la pertinencia, el jugar siendo jugado, como una fase definitiva que no es superable en un momento final de apropiación y consumación de lo propuesto, por parte del sujeto” (p.62).

En este sentido Gadamer postula que la filosofía actual debe adoptar del pensamiento hegeliano la noción de espíritu objetivo. La mediación total que Hegel entendía como cumplimiento y telos supremo del pensamiento no acaecen así en la autoconciencia del espíritu absoluto -una autoconciencia monológica, todavía pensada desde la conciencia de un yo cartesiano- sino en el espíritu objetivo, es decir “ en la cultura, las instituciones o la formas simbólicas, que constituyen la sustancialidad de nuestras formas vividas”.

Desde el punto de vista de la crítica arquitectónica Martín Hernández indica que *“la hermenéutica es hoy la actitud con la que habría que enfrentarse a la interpretación y comprensión de los textos arquitectónicos”*. Las dos modalidades tradicionales de la hermenéutica han sido las “reconstrucción” (la reconstrucción del mundo original en que las obras tuvieron lugar) y la “integración” (la unión de aquel momento en estudio con el presente). Ahora Gadamer ha propuesto superar el carácter de ambas modalidades dado que tanto la reconstrucción como la integración se hacen imposibles aun con el pensamiento: *“Gadamer sabe que el objeto tras sufrir un proceso hermenéutico – que pasa por una serie de interpretaciones-, se ha modificado y, también a la vez, nuestra conciencia de interpretes: sabe que cada interpretación está inventando un texto nuevo.”*³⁰

³⁰ M. Martín Hernández. Op. cit., P.116.

A continuación se intentarán reconocer aquellos elementos que la hermenéutica entrega para observar aquel aspecto de lo social que comprende la concepción y representación del espacio inherentes a la obra arquitectónica desarrollada desde el Estado.

Como se ha visto, los modelos desprendidos del paradigma lingüístico intentan explicar los comportamientos concretos a partir de reglas implícitas interiorizadas por los agentes sociales. La tradición antropológica estructural, cuyo mayor exponente es Levy-Stauss, recurre a una analogía con el modelo lingüístico para poder explicar la organización de la sociedad tradicional. Esta perspectiva de analogía estructural del análisis social permite concebir que la reproducción social de la sociedad tradicional se rige por referencias significativas que están estructuradas a-priori y que tienen dimensión propia, ya sea en el plano simbólico o semántico, del mismo modo que la lengua tiene un carácter estructurado y estructurante de los enunciados de los hablantes.

Algunos de los supuestos básicos desprendidos de este enfoque lingüístico-estructural, son aquellos que indican que para la lengua, la estructura social o la estructura psíquica, las obras artísticas o literarias, se concibe que es posible caracterizar los fenómenos empíricos como conjuntos que tienen regularidades específicas que rigen a sus componentes (códigos). Esto significa, que tienen carácter de totalidad y que tienen la capacidad de autoregulación y de transformación dentro de un sistema de diferencias en que cada elemento se define por oposición a otro, y cuyos valores analíticos se miden por equivalencias de complementariedad y diferencia. Perspectivas de análisis como la semiología estructural o el análisis del discurso reflejan esta postura.

En la teoría hermenéutica importa el sentido de las cosas observadas, es decir, la comprensión e interpretación de las formas simbólicas, de las acciones y las relaciones. La comunicación, claro está, se constituye como lo medular. De todas las técnicas o análisis metodológico posibles para obtener sentido de alguna práctica social, la mirada interpretativa es transversal. Sin embargo, la hermenéutica nos plantea la forma en que puede plantearse esa interpretación.

Una forma de abordar el problema del cómo interpretar es la que desarrollan las técnicas cualitativas tradicionales. Allí la interpretación es un paso en la lectura de lo que "la realidad dice", en un proceso en el que el investigador da sentido a los enunciados que le impresionaron del tópico de conversación que el hablante elige desde su lugar del habla (su posición en la estructura social); un segundo paso es el análisis, en que el investigador deconstruye el discurso obtenido y construye un texto nuevo para realizar la comprensión intersubjetiva.

Esta mirada hermenéutica, hace referencia al sistema de convenciones implícitas que se sumerge en contextos, por lo que es contingente; mientras que los códigos se refieren al sistema de convenciones explícitas, por tanto omnipresentes. Bajo este marco analítico la hermenéutica interpretativa queda enmarcada a la capacidad del observador de descubrir en los parámetros formales del lenguaje, los enunciados ocultos de una subjetividad sumergida (mirada semiótica). Podemos asegurar entonces que este enfoque hermenéutico se relaciona con las teorías pos-estructuralista y semióticas detalladas con anterioridad.

Se debe destacar que sea cual fuere el cómo de la interpretación, todo acto de interpretación hermenéutico representa un esfuerzo dialógico (sujetos dialogantes, lector-textos) que comparten sentido. Una característica básica que se desprende de esto es que la hermenéutica capta sentido sobre el círculo que ocupa a las entidades sobre las que se quiere comprender su significación. Básico es también entender aquí que es el lenguaje el mediador por el cual se genera todo entendimiento. En palabras de Gadamer: *"El lenguaje es el medio universal por el*

cual se realiza la comprensión misma. La forma de realización de la comprensión es la interpretación”³¹

El entendimiento entre entidades, que ocurre bajo el lenguaje, para la hermenéutica sólo es posible de realizar en el marco de presupuestos, de contextos y de horizontes históricos de referencia. Cobran relevancia, entonces los procesos de objetivación, pero no en una concentración en el objeto como recipiente de características inherentes de las cuales preocuparse (en el caso de la arquitectura estas características se asocian a lo morfológico). Sino, por el contrario, del encuentro de caminos viables de relación entre el horizonte del sentido propio del que interpreta como de aquel que es portador del texto en cuestión. Dimensión referida en este caso los significados sociales representados en la obra arquitectónica del Estado.

En el caso de la hermenéutica profunda de Thompson se refuerza la idea de que los símbolos están inmersos en contextos sociales estructurados, por lo que un análisis debe abocarse al estudio de la noción significativa y de la contextualización social de las formas simbólicas. Este análisis parte de la base de que los símbolos manifiestan: un aspecto intencional, o sea producidos por sujetos que proponen comunicarse con otros; un aspecto convencional, pues implican reglas, códigos, y convenciones; un aspecto estructural, ya que constan internamente de una estructura articulada de elementos relacionados entre sí ; un aspecto referencial, pues se refieren a objetos externos y dicen algo respecto de ellos; y un aspecto contextual pues están insertos en situaciones específicas.

Al respecto Ogden y Richards (citado por Seguí) plantean la interpretación dentro del marco del análisis hermenéutico de los contextos. Para estos autores un signo opera en el espíritu pensante por el hecho de ser elemento integrante de una suerte de contexto interpretativo, parte de un todo que se induce por su sola presencia, y al que significa y representa. La interpretación consiste en el hecho de que, al recorrer una parte del contexto, se provoca en nosotros una reacción con el sentido mismo del contexto entero. *“El significado es la eficacia delegada de la interpretación”³²*.

Bajo este marco es posible considerar la obra de Cormu como un signo envuelto en una cadena semántica de representaciones en torno al imaginario de una sociedad igualitaria y, por sobre todo, moderna. En este sentido la ciudad adquiere relevancia, pues se constituye como el campo en que se cristalizan simbólicamente los referentes surgidos de la deseabilidad social de los agentes del Estado y de los actores político-sociales partícipes de los gobiernos de Frei Montalva y Allende.

Desde esta perspectiva generosa, la interpretación es la contextualización, el desvelamiento abductivo del contexto en que su representación tiene su sentido intencional productivo. Todo lo pensado y producido está orientado hacia una entidad más que otra. Esta orientación es llamada referencia, relación lógica, alusión. El pensamiento así orientado se vale de símbolos (formas representativas) con los cuales, a su vez, se relaciona casualmente en cuanto a su producción. El pensamiento valiéndose de símbolos se acaba vinculando a la referencia por el intermedio de una cadena de anillos semánticos o situaciones señalativas. Entre el símbolo y la referencia, sin embargo, hay una relación indirecta, consistente en la representación del referente. La interpretación es, entonces, el hecho natural del entendimiento en cuanto intenta plantear concatenaciones (contextos) a partir de la

³¹ H. G. Gadamer. *Verdad y Método*, 1960

³² J. Seguí. *Interpretación y análisis de la obra arquitectónica*. Escuela técnica superior de Arquitectura, Madrid 1985.

apreciación de símbolos. La interpretación en esta visión semiótica, queda caracterizada como la especie de proceso mental consistente en el hecho de que la conciencia respecto de algo, se hace conciente de otro ligado, implícito en la representación de algo desencadenante. Este estallido polisémico permite reconocer múltiples enunciados para aprehender la obra CORMU, no sólo aquellos concernientes a la producción habitacional pública.

A su vez, una nueva visión de la historia y de la interpretación del pasado es propuesta por Vattimo, haciendo una relectura del “nihilismo” en Nietzsche y Heidegger³³. Para Vattimo, la cultura posmoderna, en las poéticas literarias, artísticas o arquitectónicas, por ejemplo, asignan a la rememoración, al retomar contaminante del pasado una enorme importancia. Esta nueva importancia que se le asigna al vínculo con el pasado no tiene nada que ver con los presupuestos del historicismo de inspiración metafísica; “pues no se trata ahora de colocarse en la más adecuada y auténtica posición dentro del curso de la historia, sacando de ella a colación analogías confirmativas y legitimantes, sino de permitir finalmente que se nos torne accesible al pasado, fuera de toda lógica de la derivación lineal, y en un actitud, que es, sobre todo, de estilización, de búsqueda de los *exempla*, en el sentido retórico del término. Tal es el vínculo que establecía el humanismo del quattrocento con los monumentos de la humanidad pasada”. La misma posición puede encontrarse en Nietzsche a partir de “Humano, demasiado humano.” “Deambular por el jardín de la historia como por dentro de un guardarropa de disfraces teatrales”. En este sentido es de importancia encontrar la relación existente entre la teoría hermenéutica, en tanto opción filosófica de la pos-modernidad, no sólo en su aportación metodológica sino en su sentido teórico- práctico.

6. LA NARRATIVA HISTÓRICA.

La narrativa, lejos de ser un código entre muchos de los que puede utilizar una cultura para dotar de significación la experiencia, “es un metacódigo, un universal humano sobre cuya base pueden transmitirse mensajes transculturales acerca de una realidad común.” La narrativa, a decir de White³⁴, se problematiza cuando deseamos dar a los acontecimientos reales formas de relato. Ello permite asumir que en todo conjunto de acontecimientos históricos (por ejemplo la obra de CORMU) subyace un relato “verdadero”, que alcanza su estatus sólo en cuanto discurso narrativizado. Narrar el acontecimiento histórico representa dotar a los sucesos de una estructura, de un orden de significación y no mera secuencia cronológica de acontecimientos, como por ejemplo relatar en forma de catastro las obras de CORMU.

White argumenta, que toda narrativa tiene carácter alegórico, es decir, se constituye como un discurso que dice una cosa y significa otra. En este sentido la narrativa histórica se entronca con la literatura y el mito, siendo todos sistemas de producción de significados que comparten la experiencia histórica de un pueblo, de una cultura. Cabe señalar que la concepción de mito presente en la narrativa histórica se diferencia del concepto de mito desarrollado por la antropología estructural. Para la narrativa histórica lo más importante acerca del mito no es, como el estructuralismo sostiene, que la sociedad organice lógicamente el mundo a través de

³³ Gianni Vattimo realiza una interesante crítica a la visión del posmodernismo como fin de la historia en F. Lyotard y R. Rorty. Propone frente a la tesis de la disolución de los metarrelatos de Lyotard y a la pragmática del consenso Rortyana, una relectura del fin de la historia como “fin del curso metafísicamente justificado y legitimante de la metafísica moderna, esto es, del historicismo iluminista, idealista, positivista o marxista.” Gianni Vattimo. Op. cit, 1991. pp. 15 – 35.

³⁴ La teoría de Hayden White en El contenido de la forma, Ed. Paidós, Barcelona, 1992.

éste. El mito no tiene sólo una lógica (aunque, desde luego, la tiene), y menos aún la lógica binaria de los estructuralistas. “Para la sociedad, el mito es esencialmente una forma de revestir de sentido al mundo y a la vida que está dentro del mundo; porque, de otra manera, ambos carecerían de sentido.”³⁵

Siguiendo esta línea argumental, la teoría hermenéutica reivindica el valor de la narrativa histórica, pues comprender las acciones históricas para Ricoeur significa “*captar conjuntamente, como partes de todos significativos, las intenciones que motivan las acciones, las propias acciones y sus consecuencias reflejadas en contextos sociales y culturales*”. Esta perspectiva generosa permite indagar en los relatos subyacentes a la obra arquitectónica de CORMU, desde una perspectiva multifocal, considerando a los deseos de los agentes y a los discursos socio-políticos en que se desenvuelven sus acciones como relatos, narrativas sónicas y simbólicas sobre el tiempo como imaginario (mito de origen, utopía).

La capacidad de las obras no reside necesariamente en su capacidad explicativa, sino en su función mitogénica, que permite que el imaginario chileno accediera a una forma de identidad nacional que se construye a partir de la visión del “otro”, del pobre, del excluido. Las obras del Estado en materia de vivienda social constituyen un esfuerzo por narrar, hacer legible, la habitabilidad de un otro, la presencia del marginado en el espacio social. Es un ejercicio de parte del Estado como identidad por entender a un otro ³⁶. Esto demuestra que las épocas históricas no son formaciones sociales monolíticamente integradas, sino complejas tramas de cosmovisiones. En los procesos de estructuración del espacio habitacional popular, convergen por tanto, una serie de discursos sociales (teoría de la necesidad, discursos sobre la caridad, ideología políticas, discursos de legitimación, etc.) que se entretajan en una trama de nodos posibles según las relaciones entre los discursos y sus textos constitutivos. La producción arquitectónica posee entonces al interior de su universo discursivo una narrativa propia, que busca construir un discurso fundante sobre el Estado y su relación con el mundo popular. Los signos y símbolos de esta arquitectura representan un intento por construir una mitología del Estado benefactor, protector, apaciguador del conflicto de clase, mediador e integrador y garante de los derechos de justicia social.

La narrativa histórica como relato se aproxima a los relatos presentes en la arquitectura, en particular de la arquitectura realizada desde el dominio público, en tanto ambas, encierran en su producción un principio de verosimilitud. En el caso de la narrativa la necesidad de objetivación que garantice la vectorialidad de un tiempo histórico que legitime el presente a partir del pasado y que se proyecte como futuro posible. La obra arquitectónica en su dimensión de utilidad, debe ser verosímil, y si es desde la esfera de lo público, debe contener principios de sentido y significación que se fundan con el relato histórico hegemónico del presente. Del mismo modo ambas poseen en su germen la presencia del futuro como meta, donde la obra histórica y la obra arquitectónica se yerguen como constructoras de futuro, como vectores que cargan de sentido un presente confuso o vacío, como futuras arqueologías de legitimación del tiempo como imaginario. Una nación integrada espacial y socialmente como un imaginario, un momento fundacional, por allá por los 60 y 70 donde el Estado articula maquínicamente los flujos de modernización social y justicia que reclama el imaginario colectivo.

³⁵ Cornelius Castoriadis “El campo de lo social histórico”, 1986 en http://www.hemerodigital.unam.mx/ANUIES/itam/estudio/estudio04/fnt_1.html

³⁶ En especial se asumimos la tesis de Mario Góngora en cuanto a que el Estado se constituye como el gran agente de modelación de la nación chilena. En *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile.*, Ed. Universitaria, Santiago, 1988.

Podemos complementar el concepto de narrativa y relato de White con la noción hermenéutica y semiótica de trazo (del latín tractus: dibujo) entregada por Ricoeur³⁷. Ello permite relacionar el relato o narrativa histórica con su contraparte espacial, es decir, el tiempo y el espacio confluyendo en un lugar. En palabras de Ricoeur: *“De modo que la traza combina una relación de significado, mejor asociada a la idea de vestigio, y una relación de causalidad, incluida en la cosa parecido a la marca.”* La traza es un “efecto-signo” o un “signo-efecto”. Estos dos sistemas de relaciones están entrelazados. Por un lado, seguir una traza es razonar, por medios de causalidad sobre las cadenas de operaciones constitutivas de la acción de pasar de largo. Por otro lado, *“para devolver la marca a la cosa que la hizo, se debe aislar entre todas las cadenas posibles, las que también llevan al significado perteneciendo a la relación de vestigio al hecho de pasar”...* *“esta doble lealtad de la traza, lejos de traicionar una ambigüedad, constituyen la conexión ente dos áreas de pensamiento y, por implicación, entre dos perspectivas del tiempo...”*

La traza ilustra la forma invertida de intercambio entre dos figuras de tiempo, la de una contaminación mutua. La traza está constituida por la relación entre lo empírico y lo existencial. La traza se caracteriza entre todos los signos porque desarregla un orden. Es este desarreglo expresado en sí mismo.

Y continua: *“De este modo la traza es uno de los instrumentos más enigmáticos mediante el cual la narrativa histórica refigura el tiempo. Refigura el tiempo construyendo el cruce producido por la interrelación de lo existencial y lo empírico en el significado del trazo”.*

Este concepto permite desarrollar ampliamente el campo de la comprensión semiótica del espacio y del tiempo. Pues si una traza, dibujo o diseño, es fundamentalmente un desorden o un desarreglo, se puede ver inmediatamente la conexión con el discurso de Derrida sobre la escritura y sobre la diferencia³⁸ como desorden que permite el descubrimiento de nuevas ideas en el texto. Se considera entonces la lectura semiótica de la arquitectura como un desarreglo o descolocación, que afecta simultáneamente a sujetos y objetos, y hace imposible la adaptación perfecta del lugar a la historia (relato) tanto virtual como realmente. Se puede concebir entonces una traza como una interacción entre lo existencial y lo empírico del “estar en el tiempo” heideggerianos.

Además se puede ver que la interrelación del “estar en el tiempo” existencial y empírico toma una estructura histórica en el acto de la lectura del trazo, un valor novelesco en un diseño o proyecto, y sitúa el acto del dibujo en una posición neutral sugestiva similar a la posición de la acción. Esta dialéctica entre historia y ficción es uno de los principales argumentos de Ricoeur para emprender la reivindicación de la narrativa.

El trazar implica además el concepto de significado del estar escondido. Según Ricoeur el procedimiento de escondite es específico de los trazos o signos-efectos, que es el único tipo de signos que entrelaza una realidad humana cronológica e histórica. Como dice Ricoeur: *“la traza y los calendarios son la misma cosa”.*

La interpretación semiótica del signo espacial debe tomar en cuenta esta especificidad, este procedimiento del escondite de comunicación propia del trazar. Representa la precisa

³⁷ Estas ideas se encuentran desarrolladas en Paul Ricoeur: *Time and Narrative*, Vol. III, 1983.

³⁸ Derrida, Jacques. *La escritura y la diferencia*, Editorial Anthropos, Barcelona, 1989.

contrapartida, en arquitectura, del ser y no ser, identificado por Ricoeur en el centro del valor metafórico del texto.

Siguiendo a Muntañola se puede afirmar que la arquitectura es un sistema de trazas, pues es interrelación, umbral o desarreglo, y constituye la frontera o límite, entre construcción empírica y la vivencia existencial. En cualquier dirección en que se avance en el discurso encontramos la misma especificidad anunciada. Una traza existe por que se esconde, y se esconde porque significa. También esta afirmación informa sobre la distinción entre arquitectura y lenguaje, ambiente y texto. Una traza y una palabra, están las dos muy cerca una del otro y muy lejos, cómo indica Platón en el Timeo. La cultura surge de esta distinción e implica diferencias entre lugar e historia. Sin embargo, como afirma Muntañola “*si nuestro cuerpo no puede hacer conexiones entre historia y lugar, se muere*”. Las leyes sociales urbanas son conexiones necesarias entre trazas y palabras. Cómo ha

sugerido Derrida³⁹, las palabras llenan los agujeros dejados por el trazado, y las trazas son transiciones entre palabras y textos. Al respecto advierte Muntañola: “Una buena cultura sabe como entrelazar diseño y texto, espacio y tiempo, haciendo de la interrelación un rico diálogo de creatividad social y humana y de calidad ambiental. Una mala cultura destruye el diseño con textos, y el texto con diseños.” En este sentido cabe preguntarse por la coyuntura espacio-temporal de nuestra investigación en tanto cristalización de relaciones entre textos y diseños, entre proyectos arquitectónicos y retóricas políticas o ideológicas. ¿Cuál fue la característica de esa relación?, ¿De que forma se articulan los códigos de las diversas concepciones del espacio empíricas y existenciales de la época? Y luego, ¿Cómo esas articulaciones llegan a nosotros bajo la forma de trazo o de vestigio, de signo-efecto, de signo como vectorialidad?⁴⁰

7. SIMBOLIZACIÓN.

Dialéctica entre espacio y sociedad.

Otro ámbito a considerar es el aporte de las ciencias sociales al tema de la simbolización, que nos permite comprobar de forma más o menos empírica la relación entre arquitectura y política. En particular resulta relevante el análisis de los símbolos en Bourdieu⁴¹ y Pross⁴². Si se asume que en el seno de la sociedad existe una serie de signos que se deben interpretar y que estas constelaciones de signos constituyen un determinado orden (que establece rangos, distancias e intervalos), se puede sostener que toda simbolización encierra un elemento ideológico. Es por ello que todo signo oficial representa la construcción en el espacio de alguna concepción ideológica. En palabras de Pross: “*Las construcciones ideológicas religión y Estado se convierten en construcciones espaciales mediante el establecimiento de signos*”.

³⁹ Derrida, Jacques. “La metáfora arquitectónica” en No escribo sin luz artificial, Cuatro ed., Valladolid, 1999 pp.133-140

⁴⁰ Una clave para desentrañar esta relación está en “Khora” de Derrida, donde nos recuerda la costumbre cultural egipcia de escribir en las paredes de los edificios, o de llenar los edificios principales con leyes escritas. Platón en el Timeo entiende esta costumbre como una forma de preservar la memoria de la humanidad para las nuevas generaciones.

⁴¹ Bourdieu, Pierre. “efectos del lugar”, en La miseria del mundo, Ed. F. C. E. , México, 1999

⁴² Pross, Harry. La violencia de los símbolos sociales (s/r)

Ahora bien, los signos pueden ser tanto de naturaleza discursiva como no discursiva, y ambos están sujetos a interpretación⁴³. Según Pross, es nuestra sociedad actual la que, encerrada en el carácter funcional y técnico de los signos lingüísticos, ha olvidado ver aquellos símbolos no discursivos que desde siempre

han mediado la unidad social. Al respecto sostiene: *“Nunca se han visto, no porque no existieran, sino porque se habían pasado por alto, porque no se sabía como verlos”*.

Con relación a la arquitectura impulsada por el Estado, Pross considera que los edificios no siempre se construyen, y sólo parcialmente, para provecho físico. Otros son útiles por la simbología, y los denomina edificios de representación. *“Desde el templo a la casa del pueblo, desde la villa romana, las catedrales góticas (...) hasta la torre de televisión con restaurante rotante, Europa está saturada de edificios representativos”*.

En este plano, el Estado juega un rol central como generador del concepto de orden en las sociedades modernas, en donde se ve con claridad que el orden no es expresión de algo metafísico sino una constelación de signos físicos que alguien da a otro alguien, con una interpretación más o menos comprensible, adquiriendo validez.

Siguiendo esta misma corriente el sociólogo Pierre Bourdieu plantea que el dominio del Estado se nota especialmente en el ámbito de la producción simbólica. Para este autor el Estado no sólo monopoliza la violencia física como legitimación (Max Weber) sino también la violencia simbólica en un territorio determinado y sobre el conjunto de la población correspondiente. Si el Estado está en condiciones de ejercer una violencia simbólica es porque se encarna a la vez en la objetividad bajo formas de estructura y de mecanismos específicos y en la subjetividad bajo forma de estructuras mentales, de percepción y de pensamiento. Como afirma Bourdieu:

“En nuestras sociedades, el Estado contribuye en una parte determinante a la producción y reproducción de los instrumentos de construcción de la realidad social. En tanto que estructura organizativa e instancia reguladora de las prácticas, ejerce permanentemente una acción formadora de disposiciones duraderas, a través de todas las coerciones y de las disciplinas corporales y mentales que impone uniformemente(...), y asimismo es el fundamento de la eficacia simbólica de todos los ritos de institución, de todos los que fundamentan la familia por ejemplo.”

Así, por ejemplo Bourdieu señala que tanto las políticas hacia la familia o las políticas públicas frente al tema de vivienda, son manifestación de la violencia simbólica ejercida desde el Estado.

Desde una perspectiva más general Bourdieu aborda la relación entre espacio físico y espacio social, también como un fenómeno de carácter simbólico. Así la estructura del espacio se manifiesta en los contextos más diversos, en la forma de oposiciones espaciales, en las que el espacio habitado funciona como una especie de simbolización espontánea del espacio social (por ejemplo la relación entre marginalidad social y marginalidad espacial). En una sociedad jerárquica no hay espacio que no esté jerarquizado y no exprese las distancias sociales, de un modo más o menos enmascarado, de tal forma que parezca natural. En palabras de Bourdieu

⁴³ Según Langer los símbolos por los que pueden orientarse los sujetos pueden distinguirse como el símbolo discursivo de las lenguas y el simbolismo presentativo de la imagen, el ritual y la simbología corporal (Langer, 1942) citado por Pross.

“Las sordas conminaciones y los llamados al orden silencioso de las estructuras del espacio físico apropiado son unas de las mediaciones a través de las cuales las estructuras sociales se convierten progresivamente en estructuras mentales.”

En este sentido, los espacios arquitectónicos son el lugar por excelencia donde se afirma y se ejerce el poder, constituyéndose en la forma más sutil de ejercer la violencia simbólica:

“Los espacios arquitectónicos son en verdad los componentes más importantes, a causa de su misma invisibilidad, de la simbólica del poder y de los efectos totalmente reales s del poder simbólico.”

Por último, debemos señalar la importancia dada por el autor a las luchas por la apropiación del espacio social reificado, es decir simbolizado. Estas luchas pueden asumir formas colectivas, en donde la participación de agentes del Estado, grupos financieros, comunidades locales, representan los efectos de una construcción política del espacio.

La relación entre espacio y estructura social fue también abordada por los sociólogos urbanos de raíz marxista, como Lefebvre⁴⁴ y Castells⁴⁵. Estos autores cuestionan la vinculación entre espacio y sociedad, incorporando las nociones de producción, política urbana y estructura de clases al análisis espacial. Para Castell, la producción del espacio urbano puede ser entendida, en términos generales, como el resultado de prácticas constituyentes fundamentales de la estructura social, tales como: las del sistema económico, la del sistema ideológico y las del sistema jurídico-político.

Para Henry Lefebvre, el espacio debe ser entendido como producto social, y por ende, las significaciones que genera se relacionan con una determinada estructura social histórica (modo de producción).

Por último, vale la pena mencionar el poder simbólico del Estado en el ámbito del espacio, desde lo que se ha denominado la estetización de la política. En este punto es importante volver a señalar como elemento de análisis la relación entre política y arquitectura desarrollada por Rossi, Tafuri y Aymonino, en donde lo que se entiende por arquitectura de los hechos urbanos es la construcción de la ciudad como Polis, y por tanto, un fenómeno ligado al accionar el Estado y las instituciones económicas y políticas.

8. DESDE CHILE, LA SÍNTESIS DE GRINOR ROJO.

De qué estamos hablando cuando hablamos del discurso como herramienta conceptual y metodológica, como esencia de la realidad arquitectónica, en especial aquella proveniente desde el dominio de la institucionalidad (en este caso del Estado chileno).

Qué atributos poseen aquellos enunciados contenidos en los textos arquitectónicos desarrollados por CORMU como para caracterizarlos como elementos constitutivos de un texto interdiscursivo.

⁴⁴ En especial, Lefebvre, Henry. The production of space, (s/r)

⁴⁵ Ver entre otras obras La cuestión urbana, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1997 y Movimientos sociales urbanos, Ed. Siglo XXI, México, 1987.

Para argumentar esta posición epistemológica nos apoyaremos en la concepción de discurso desarrollada por Grinor Rojo en su libro "Diez tesis sobre la crítica"⁴⁶. En él el autor se centra en la pregunta por el estado de cosas en que se encuentra la crítica en los últimos 30 años, en particular, la crítica literaria. Es válido suponer la autonomía del lenguaje literario, la especificidad de su campo, la literaridad de la literatura. Rojo afirma que ya no es posible entender la particularidad del lenguaje literario, en tanto toda la realidad está constituida por textos.

*"la especificidad de los textos literarios con respecto a otros textos, lo que nuestros mayores llamaban la "literaridad" de la escritura, es hoy dudosa"*⁴⁷.

Y prosigue:

"Por tanto es mejor en vez de hablar de creaciones literarias o de hacernos cómplices de cualquier otro sinónimo no menos cuestionado que ese, a mi me parece que pudiera ser una mejor táctica, y por lo tanto, una medida que nos resulte al menos temporalmente útil, hablar de textos y discursos sin más".

TEXTO, cuando lo que deseamos es referirnos al continente que rodea y encierra a la totalidad significativa que nosotros deseamos comunicar, cualquiera sea la indumentaria semiótica que el mismo adopte (no es, por tanto, exclusiva al lenguaje escriturado. Puede ser oral, figurativa, simbólica, abstracta).

DISCURSOS, para nombrar los desarrollos sémicos mayores, perceptiblemente unificados, diferenciables por ende, y que a modo de vasos sanguíneos recorren el cuerpo del texto.

Se subentiende, a partir de este doble distinguo, que un texto puede (y suele) alojar en su interior a más de un discurso y que esos discursos no tienen que vivir en paz entre ellos. Pueden ser y son a menudo, discursos antagónicos.

Esta postura tiene una innegable ligazón con las corrientes europeas vinculadas al análisis lingüístico y posestructural. Por una parte, la visión de Foucault en la Arqueología del saber y el Orden del discurso, en donde aborda la relación entre discursos, saber, poder y verdad. También en Derrida, quien se aproxima al asunto de la autonomía discursiva y de los discursos hegemónicos, indagando los procesos de subordinación inherentes (en especial del discurso filosófico occidental) mediante el ejercicio de la deconstrucción⁴⁸. Del mismo modo, Habermas incursiona desde una perspectiva más sociológica internándose en las raíces del discurso filosófico de la modernidad, estableciendo una realidad discursiva más compacta que los fragmentos foucaultianos y del anunciado "fin del libro" por aparición del texto como superficie de la cultura en Derrida (piénsese en "Pierre Menard autor del quijote" de Borges). Sin embargo, los planteamientos de Rojo se alejan de las lecturas posestructuralistas del Discurso en el asunto de las relaciones entre discursos y escalas de la significación.

⁴⁶ Rojo, Grinor. Diez tesis sobre crítica. Lom Ed., Santiago, 2001.

⁴⁸ Derrida sostiene con claridad en Márgenes de la filosofía. Cátedra, Madrid, 1988.: "Una tarea se impone entonces: estudiar el texto filosófico en su estructura formal, en su organización retórica, en la especificidad y diversidad de sus tipos textuales, en sus modelos de producción y exposición en una sintaxis que no sólo será la articulación de sus significados, de sus referencias al ser o la verdad, sino también el manejo de sus procedimientos y de todo lo que en ellos se ha invertido. En una palabra, la tarea consiste en también considerar a la filosofía como un género literario en particular. Del mismo modo ironiza Borges en "Tlon, Uqbar, Urbis Testis", donde la filosofía termina siendo una rama de la literatura fantástica. Este texto de Borges se encuentra en Ficciones, Emecé ed., Madrid, 1996. De más está decir que este texto de Borges publicado originalmente en 1945 marca para muchos el inicio del pensamiento "posmoderno".

En este plano se acerca a la perspectiva de Eco en a Theory of semiotics, en que plantea la complejidad semiótica del análisis discursivo: *“Digo que por lo común un solo vehículo-signo pone de manifiesto muchos contenidos entrelazados y que por lo tanto lo que se denomina habitualmente un mensaje es en realidad un texto cuyo contenido es un discurso en múltiples niveles”* o en las reglas de la escritura *“lo que uno llama mensaje es habitualmente un texto, esto es una red de mensajes diferentes que dependen de códigos diferentes y que funcionan en diferentes niveles de significación”*. Rojo entiende en la aproximación semiótica de Eco un intento sintáctico y semántico por entender el texto como un conjunto de contenidos entrelazados o como una red de mensajes, sin embargo, parece no asumir la pluralidad correlativa de discursos al interior del texto. Para cada texto un discurso.

La postura de Bajtín es la que se entronca con la tesis planteada por Rojo. Tomando el análisis de la novela de Dostoyevsky, se separa del marco de análisis exclusivamente lingüístico para entender que *“en cualquier momento de su evolución, el lenguaje se estratifica no sólo en dialectos en sentido estricto, sino también en lenguajes que son socioideológicos: lenguajes de grupos sociales”*.

Bajtín afirma que *“cada emisión concreta del sujeto hablante es un punto sobre el cual confluyen fuerzas centrípetas y centrífugas. Los procesos de descentralización y centralización, de unificación y desunificación, se cruzan en la emisión; la emisión no sólo obedece a los requisitos de su propio lenguaje, como la encarnación individualizada de los actos del habla, sino que obedece asimismo a los requisitos de la heteroglosia.*

La idea de multidiscursividad del texto desarrollada pioneramente por Bajtín se relaciona con los trabajos sobre ideología y campo cultural hechos por Gramsci. En particular los conceptos de hegemonía, bloque histórico y la centralidad dada por Gramsci a la cultura y a la relación de intercambio entre los símbolos y signos pertenecientes a las diversas clases sociales. La tradición de análisis del texto en Rusia, iniciada por Volsinov, pone el acento en la intersección de intereses sociales orientados de maneras diferentes dentro de una y la misma comunidad signíca, esto es, con la comunidad que forman la totalidad de los usuarios del mismo set de signos para la comunicación ideológica.

Asumiendo esta línea argumental, Rojo penetra en la formación discursiva de los textos y su dinámica interna. *“los discursos que habitan un texto se relacionan hacia adentro, entre ellos, y hacia fuera, con otros discursos”*. Ahora bien, *“las relaciones entre discursos pueden ser de complicidad, cuando los discursos que habitan un texto colaboran, de coexistencia pacífica, cuando solamente se toleran, o de contradicción, cuando hay conflicto entre ellos”*.

Hablar de la existencia de modos discursivos ejemplares equivale a hablar de la existencia de un repertorio de virtualidades de forma y contenido (esto quiere decir que los contenidos deberán ser determinados en y para cada investigación particular: el crítico tendrá que discernir/ decidir en cada oportunidad que es aquello que el modo discursivo que a él le interesa muestra o reprime, referencialmente hablando , y con que programa representacional lleva acabo esa faena.) que se hallan disponibles en la historia de antemano, que los autores y los lectores identifiquen primero, en las cuales se educan después y que por fin pueden/ logran operativizar durante la performance de las actividades que según ellos entienden que son las que mejor se adecuan a sus posiciones ideológicas respectivas en relación con cualesquiera sean los textos del caso.

Volviendo al asunto del funcionamiento del texto interdiscursivo, Rojo afirma *“además de relacionarse con el nuestro con el que a nosotros nos preocupa prioritariamente, los discursos*

exteriores a aquel al que nos estamos refiriendo son con él , que él es con ellos, que ellos son también parte de su texto". Ello se asemeja a la metáfora borgeana del texto como conjunto de citas y de la proclamación de "la muerte del autor" hecha por Barthes. La tesis de Rojo al respecto es que inevitablemente se debe realizar una crítica intertextual.

Del mismo modo afirma que todo discurso es la representación semiótica de una ideología, entendida esta a la manera althusseriana (con la salvedad de rechazar la hipótesis del marxismo clásico de oponer ideología a realidad o falsa conciencia a conocimiento científico)⁴⁹, como la experiencia misma de lo vivido. Ello en coincidencia con Batjín en tanto *"el dominio de la ideología coincide con el dominio de los signos. Ellos equivalen el uno al otro y dondequiera que un signo de halle presente, la ideología lo está también", "todo lo que es ideológico tiene valor semiótico"*, hasta el punto que *"la conciencia misma puede erguirse y llegar a ser un hecho viable sólo en la corporización material de los signos"*. Por consiguiente a Rojo tampoco resulta improbable y no tendría que provocar un rechazo fulminante el que, como predica Foucault, a la experiencia (o sea a la ideología) no se pueda vivirla sino en la efectividad de sus discursos. En este punto el autor aclara que no es que lo real no exista, sino que *"nuestro comercio con la realidad se encuentra mediado por la ideología, que vivimos inmersos en ella y que lo real se nos presenta no como lo que es, sino a través de un filtro ideológico. Este filtro ideológico es, al mismo tiempo y no puede sino serlo, un filtro textual y discursivo."*

Luego, el autor plantea una tesis fundamental para nuestro interés⁵⁰: *"los discursos que son objeto de nuestra atención crítica pueden revalorarse, y se vuelcan, en continentes textuales de distinta factura semiótica"*. El lenguaje escrito pierde, a partir del recorte epistemológico propuesto, su actual efectividad. Luego, al afirmar que los objetos que contemporáneamente despiertan nuestra apetencia interpretativa son objetos semióticos sin más, se le abre la puerta a la casa disciplinaria a invitados exóticos variopintos. La única condición en el caso de la crítica literaria es que se atengan a los requisitos del signo lingüístico. El que sean además signos de la lengua natural, oral o escrita, o de otras lenguas y el que posean tal o cual valor estético, no tiene la menor importancia.

El puente entre la lingüística clásica (estructural) y el pos- estructuralismo o posmodernismo, etc. lo observa Spiegel con claridad *"cuando se examina el clima crítico actual desde la posición ventajosa de un historiador, la posición que se apodera de uno es la de una disolución de la historia, de una huida de la realidad hacia el lenguaje, entendido este como agente constitutivo de la conciencia humana y de la producción social de sentido."* Lo que une a estas variantes pre y pos estructuralistas es su fe en una epistemología que tiene al lenguaje por modelo, al que considera no como un reflejo del mundo aprehendido mediante palabras, es decir, como generativo antes que mimético.

Continúa Rojo. *" la invasión de la lingüística, entonces, que empezó por reducir la literatura al signo y a las operaciones del signo, hizo después lo mismo con las demás artes, reduciéndolas también a ellas, si es que no al signo lingüístico, en cualquier caso al signo semiótico."* Se sume entonces que la lingüística y la semiótica podían dar cuenta de las artes como sistemas de signos, pero que no pueden ni darán cuenta nunca de las artes como artes. A esa incapacidad constitucional a la que se hallan sometidas tanto la lingüística como la semiótica para abarcar

⁴⁹ Esta concepción reducida de ideología, vista como negativa, en tanto ilusoria, ha sido criticada por Karl Manheim, *Ideology and utopía*, Madrid, 1977; Paul Ricoeur, *Ideología y utopía*, Madrid, 1973; Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, 1990 y otros. Ello lo desarrollamos en otro artículo: A. Raposo / M. Valencia "Ideología, discurso y espacio público". DT 2, UCEN, Santiago, 2001.

las dos variables que supone nuestro trabajo crítico con la literatura y el arte, estima Rojo que puede atribuirse el desorden de ideas que muchas veces hacen dudar de la consistencia teórica de las nuevas propuestas epistemológicas.

Es por esta esquina donde hace su entrada, con todo el peso de sus connotaciones, no sólo estéticas sino también sociales y políticas el debate acerca del canon. “*vivimos tiempos del cuestionamiento del canon*”, dirá Rojo. Este cuestionamiento consiste en poner a los textos, en los que hasta ayer depositábamos nuestra confianza, sobre la parrilla. Y de este modo, reputar, como mercedores de la confianza que ha ellos estamos sustrayendo, a una multitud de otros textos a los que, por cualesquiera sean los motivos, no les habíamos dado hasta ahora la oportunidad que les era debida para presentar sus credenciales en la oficina de partes disciplinaria. Es decir que el nuevo evangelio crítico une a su anticientificismo un antiestecisismo.

Al respecto Foster en *The anti- Aesthetic. Essays on posmodern culture* (1983) señala “*estas preocupaciones caen aquí bajo el rótulo antiestética, que no debe ser entendido como una corroboración más de la negación del arte o de la representación como tales. Fue el modernismo el que estuvo marcado por esas negaciones, las que se expusieron con la esperanza anárquica de un efecto emancipatorio o con el sueño utópico de un a tiempo de pura presencia, de una espacio más allá de la representación. No es el caso aquí: todos estos críticos (los posmodernos de izquierda –sic-) dan por supuesto que jamás estamos fuera de la política. Aquí entonces, anti-estética es el signo no de un moderno nihilismo – que tan sólo transgrede la ley sólo para confirmarla-, sino más bien de una crítica que deconstruye el orden de las representaciones con el fin de reinscribirlo. Anti-estética indica también la noción misma de lo estético, pues su red de ideas se ha puesto en cuestión: la idea de que la experiencia estética existe aparte sin propósito, por completo más allá de la historia, o de que el arte pueda ahora constituir un mundo a la vez (inter)subjetivo, concreto y universal- una totalidad simbólica. Como el posmodernismo entonces, la anti-estética marca una oposición cultural respecto del presente: ¿siguen siendo todavía válidas las categorías que sostienen lo estético?*”⁵¹

Del canon al corpus argumenta Rojo: ni ciencia de la literatura ni estética literaria. En cambio semiótica textual, interpretación de textos semióticos y con criterios de validación que estarían basados en los principios ideológicos y metodológicos de la práctica disciplinaria. Después de todo aquello por que sorprenderse que la claridad el día sean los estudios culturales.

Sin embargo, Rojo advierte sobre el asunto de la transdisciplinariedad como disolución de fronteras disciplinarias (Derrida, Rorty) y retoma a Habermas y su posición frente la estructuración del discurso moderno. Rojo afirma que no se deben olvidar los aportes de la compartimentalización disciplinaria de la modernidad y que ésta constituye no sólo una precondition para el mejoramiento de la sociedad en la que vivimos sino que también para cualquier proyecto futuro.

⁵¹ En este sentido, los planteamientos de Jean Baudrillard constituyen una postura radical frente al fin del arte y la estética. El sociólogo francés se pregunta por la validez de estos conceptos en nuestro estado actual de la cultura. Si todo es estético, si cualquier manifestación o elemento cultural puede hoy día alcanzar el estatus de obra de arte, hoy no es posible distinguir entre lo puramente artístico y estético y lo que no lo es. Si no existen los criterios de validez que permiten afirmar que tal objeto es arte o representa un principio estético, estaríamos frente al fin del arte y la estética en el sentido moderno. Ver en especial: *De la seducción*, Ed. Anagrama, 1987.

10. UN NUEVO CAMPO QUE SE ABRE:

Los estudios culturales

El campo de acción que compete a esta nueva teoría nace del cruce entre el elemento estratégico común a todas las ciencias sociales: el concepto de identidad y el elemento estratégico común a las artes y las humanidades: el concepto de cultura⁵². De este modo, si se considera que el producto de la confluencia de las ciencias sociales y las artes y humanidades es el terreno emergente de los estudios culturales, entonces el objetivo común de estos últimos consiste en reconocer las articulaciones metodológicas de los conceptos de identidad y cultura.

El metamodelo desde el cual se propone estudiar estas tendencias es la teoría de los laberintos. Y a partir de este metamodelo metafórico de carácter terciario, siguiendo el modelo de Pierce, es posible inferir diversos paralelismos en terrenos tan generales como la lógica, la pedagogía o la epistemología.

De acuerdo con la teoría ternaria de los laberintos, todo sistema de verdad puede ser, respectivamente, circular (al aceptar una única verdad posible), arbóreo (al reconocer coexistencia de varios sistemas de verdad) o rizomático⁵³ (al aceptar en su interior la coexistencia virtual de sistemas circulares y arbóreos). Estos sistemas de significación corresponden, respectivamente, a los paradigmas de la cultura clásica (tradicional), moderna (como tradición de ruptura) o posmoderna (como simultaneidad de elementos excluyentes, que en este caso corresponden a lo clásico y al moderno).

En el terreno de la lógica este modelo ternario tiene similitud con las formas de argumentación estudiadas por Pierce, es decir, deducción, inducción y abducción. En donde, el razonamiento deductivo es normativo, es decir, se inicia a partir de la existencia de una definición; ésta se aplica a un nuevo objeto, y esta aplicación produce una conclusión. Este tipo de razonamiento establece una estrategia una estrategia axiomática, pues parte de una norma (definición regla o ley) establecida de antemano. Es, en todos los casos, una lectura literal del texto, de carácter denotativo y apegada a la letra.

El razonamiento inductivo, en cambio, es empirista. Empieza con la observación de numerosos casos, en cada uno de los cuales reconoce algún resultado común, para formular una definición. O sólo la comprueba, a partir de la observación de nuevos casos, que la regla existente es verdadera o falsa. Es una estrategia casuística (llega al resultado a partir del estudio de casos) y siempre está sometida al principio de prueba y error. Consiste en la construcción, comprobación, verificación, falsación o refutación de una regla, a partir de la experiencia.

Por su parte, el razonamiento abductivo es conjetural. Se inicia con el examen de las evidencias para después inferir varias reglas o definiciones posibles (en calidad de hipótesis o conjeturas inferenciales) hasta que una de ellas explica la situación de manera satisfactoria, al resolver el problema. El razonamiento abductivo es el ejercicio de la incertidumbre y en su procedimiento hay espacios para juegos del lenguaje que se alejan de la norma establecida, como es el caso

⁵² La síntesis sobre los fundamentos teóricos y metodológicos de los Estudios culturales son tomadas en su totalidad del texto de Lauro Zavala "La tendencia transdisciplinaria de los estudios culturales".

⁵³ Rizoma, concepto acuñado por Deleuze y Guattari en *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia t. II.*, op.cit. . Se entiende rizomático como la capacidad intelectual de conectar elementos semióticos que, aparentemente, son heterogéneos y distantes.

de la alegoría, la analogía, la metáfora, la paradoja y la ironía. Es una lectura irónica, entre líneas, y por ello una relectura de los textos existentes que hace posible la escritura de nuevos textos.

A partir de este modelo ternario es posible reconocer las estrategias argumentativas del materialismo (deductivista), del positivismo (inductivista) y del constructivismo (como sistema conjetural). –es aquí donde hay numerosas conexiones entre el nacimiento y desarrollo de los estudios culturales y los supuestos epistémicos del constructivismo, en cuyo paradigma se sostiene que toda verdad es producto de una construcción deliberada para fines específicos, la cual puede ser deconstruida o reconstruida de formas diversas. Desde esta perspectiva toda inferencia interpretativa constituye una ficción (una construcción de verdad) que es válida en el contexto particular en que tuvo origen.

A partir de este modelo es posible distinguir también diversas formas de interrelación entre las disciplinas: tradiciones disciplinarias, interdisciplinarias y transdisciplinarias. En el primer caso nos encontramos ante disciplinas de estudio y métodos específicos al interior de cada una de ellas, cuya lógica es de carácter deductivista, es decir están apoyadas en una tradición disciplinaria particular. En el caso de las tendencias interdisciplinarias, se trabajan en agregados de disciplinas donde cada una de ellas permanece autónoma, o bien se integran fragmentos de las disciplinas ya constituidas para la construcción de campos emergentes. En el caso de la tendencia transdisciplinaria, característica de los estudios culturales, se escapa del imperialismo metodológico de las dos tendencias anteriores, donde el objeto de estudio es sometido a las constricciones del método. En su lugar los métodos de investigación se construyen a partir de una negociación entre la naturaleza del objeto y las expectativas del proyecto de investigación específico, todo lo cual es deliberadamente contextual y relativizados de sus propias condiciones de posibilidad.

Estas transformaciones operan a nivel tanto de las ciencias sociales como de las artes y de las humanidades. De ello, creemos haber ya dado cuenta en parte. La integración de estos nuevos modelos teóricos y metodológicos vistos en el presente texto y el surgimiento de los estudios culturales como lugar de confluencia tiene el centro de su agenda ideológica y metodológica el reconocimiento de la disolución de las fronteras preliminares y la tolerancia ante la diversidad de combinaciones posibles de identidades simbólicas e imaginarias.

Para Zavala la disciplina más próxima a los estudios culturales es la etnografía. Y para reconocer su evolución epistemológica es conveniente recordar la importante distinción propuesta por Pike entre lo *etic* (exterior, cuantitativo, intercultural, materialista) y lo *emic* (interior, cualitativo, intracultural, idealista), como otras tantas estrategias de construcción epistemológica del objeto de estudio en las ciencias del comportamiento. Sin embargo, la distinción entre estos dos ámbitos puede ser relativizada al repensar los problemas de la identidad y su estudio a partir del reconocimiento de la naturaleza liminal de toda identidad. Se sume además, que toda la cultura contemporánea es liminal, no sólo porque se encuentra en transición y crisis permanente, sino porque se define a sí misma a través de las narrativas de la crisis.

En este sentido el campo más específico de los estudios culturales es el de los estudios sobre la vida cotidiana. En la creación de su propia tradición interdisciplinaria, se ha evolucionado desde la proxémica hasta los modelos metafóricos del capital simbólico, para acceder en la actualidad al descubrimiento de una estética de la vida cotidiana. Este terreno resulta de alta fertilidad para el estudio sobre las formas del habitar, sobre las concepciones del espacio público y privado, sobre los discursos del habitat popular o burgués emanados desde la disciplina arquitectónica o desde el Estado, sobre la vivienda, en especial de la vivienda para

las masas. Nuestro tema de investigación así visto puede recurrir a las operatorias teóricas y metodológicas presentes en los estudios culturales. Del mismo modo, el punto de partida rizomático y abductivo nos permite relacionar aspectos diversos sobre nuestro objeto de estudio, discursos aparentemente inconexos, como el discurso disciplinario arquitectónico y sus variantes geográficas, el discurso ideológico-político de los partidos de la época, el discursos estatal, los textos de los pobladores y de los movimientos sociales sobre la vivienda, los discursos surgidos desde el contexto de la producción cultural y artística, etc. Es decir, una serie de pistas posibles de interpretar para encontrar las formas particulares de articulación existentes entre los discursos sobre la polis y los objetos-signos de la arquitectura estatal para los sectores populares.